



Francisco de Rojas Zorrilla

Casarse por vengarse

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco de Rojas Zorrilla

Casarse por vengarse

PERSONAS:

BLANCA, dama.

ENRIQUE, infante de Sicilia.

ROBERTO, padre de Blanca.

EL CONDESTABLE DE SICILIA.

CUATRÍN, gracioso.

ROSAURA, dama.

SILVIA, criada.

Jornada primera

Selva.

Sale BLANCA.

BLANCA. Pardo risco de sauces coronado
alegre y fértil prado,
por quien aquella selva, esta ribera
todo el año es florida primavera;
arroyuelo sonoro,
vihuela de cristal con trastes de oro,
que huyendo de esa fuente
apresurado al mar, tan imprudente,
dejas de esa campaña el azul raso,
que aún no es tu Oriente, cuando ya es tu ocaso;
sabed (si os enternece cuanto lloro)
que a Enrique, infante de Sicilia, adoro.
Arpadas y sonoras, dulces aves,
que cantando suaves,
flores con voz os juzga ese elemento,
o copos que ha llovido el sol al viento;
sabed (si os enternece cuanto lloro)
que a Enrique, infante de Sicilia, adoro.
Sale ENRIQUE por otra puerta.
ENRIQUE. Monte Olimpo eminente,

tú que al cielo te pones frente a frente,
y dándole desmayos,
mendigo, en resplandor le bebes rayos,
vidrieras del sol, nubes, ofensas
del viril celestial, que a trechos densas,
para eclipsar la luz al claro día
chupáis humores a la tierra fría;
sabed (si os entenece cuanto lloro)
que a Blanca, fénix de Sicilia, adoro.
Árboles matizados de colores,
verde murta, alta hiedra, humildes flores,
bosque alegre y sombrío,
tesorero que guardas el rocío
que en perlas te entregó la blanca Aurora,
y al dar cuenta la paga se mejora,
pues si en letras de aljófar lo ha librado
en plata se lo pagas a este prado;
sabed (si os entenece cuanto lloro)
que a Blanca, fénix de Sicilia, adoro.
BLANCA. En hora buena, Señor
noble Infante, dulce hechizo
de un alma en quien firme muero,
de un pecho en quien roca vivo,
seas venido a mis ojos;
que estoy tan poco conmigo
cuando en los tuyos no estoy,
que si me busco, es preciso
o en ti mismo hallarme yo
o que me bailes en ti mismo.
ENRIQUE. Pues yo mirándome en ti,
tan otro en mí me imagino,
que porque sé que me quieres,
a quererte más me animo;
y aún no sé a cuál quiero más
de los dos, pues necesito
de elección en la igualdad,
que estando los dos unidos,
yo en ti, como prenda tuya,
tú en mí, como cielo mío,
no sé si he de querer más,
suspense, amante y remiso,
o a mí porque tú me quieres
o a ti, porque a ti me inclino.
BLANCA. Dejemos los argumentos,
y los discursos prolijos,
pues no digo cuanto siento,
aunque cuanto alcanzo digo;

en aquesta quinta hermosa
que alinda al mar cristalino
y con las nubes soberbias
frisan sus techos pajizos,
nos hemos criado juntos,
porque el Rey, tu hermano invicto,
te aborreció por decretos
que observan los astros limpios.
Mi padre, Roberto, aquí
te ha criado como a hijo,
y desde nuestras niñeces
parece que nos leímos
las almas, pues tan conformes
amantes hemos vivido,
que siendo iguales en todo,
en el campo parecimos
dos flores que de una mata
despliega el fresco rocío.
Ya, pues, creciendo la edad,
crecieron los albedríos,
y como en distintos cuartos
estamos los dos, rompimos
esta pared para vernos;
y está con tal artificio
dispuesta, y tan bien trazado,
que no ha de haber, imagino,
por la destreza del arte,
imaginación ni indicio
de que podamos abrirla
como si fuera un postigo;
porque aunque está por defuera
blanqueada, la dispusimos
de manera por de dentro,
que de este jardín florido
de noche a mi cuarto pasas
por ella; pero no ha habido
niebla que pueda turbar
las luces del honor mío.
En efecto, ilustre Infante,
hoy tanto en tu amor confío,
que quiero (pues que mi padre
está en Palermo, y te obligo
amante como yo misma)
que te desposes conmigo,
pues si en sangre no te excedo,
que no me excedes colijo;
la ocasión se nos ofrece,

tú me quieres, yo te obligo,
me estimas, yo te adoro,
tú me adoras, yo te, imito.
rompamos dificultades
atropellemos peligros,
yo cumpliré con mi amor,
tú conmigo habrás cumplido.
Mas si confuso te apartas,
si te disculpas remiso,
habré pensado inconstante,
recelosa habré temido,
que son falsos tus requiebros,
que ha sido tu amor fingido,
basiliscos tus razones,
y tus lisonjas hechizos.
Mira, pues, qué me respondes,
mi vida dejo a tu arbitrio,
o correspóndeme, ingrato,
o admíteme agradecido.
ENRIQUE. Ofensa, más que lisonja,
agravio, más que amor fino,
poca fe, más que firmeza,
de tus razones colijo;
¿tú dudas, tú te confundes,
cuando conoces que he sido
en quererte más constante
que aquel empinado risco,
que hecho puntal de diamante
sustenta a esos epiciclos?
¿Para qué quieres que ausente
tu padre intente delitos,
que en el achaque de honor
pueden parecer peligros?
Hoy vendrá ya de Palermo,
y al mismo instante imagino
pedirte; no te receles,
deja discursos prolijos,
que hermosura y desconfianza
hacen efectos distintos.
¿Quieres ver cómo no puedo
ser señor de mi albedrío?
¿Cómo he de adorarte siempre?
¿Cómo constante y activo,
si Fénix muero en tus rayos
salamandra resucito?
Pues oye en breves progresos
conceptos bien entendidos.

Produce la primavera,
tal vez en no sitio mismo,
dos flores, y allí verás,
que argentadas del rocío
que en perlas viste la aurora
va creciendo al paso mismo
la una flor con la otra flor,
y desplegando el capillo
con voz de olor se saluda,
y abriendo el cogollo fino
tanto en la mata se enreda,
que parece que han nacido
a hacer dulce maridaje
en tejidos laberintos.

Mas si la una flor se muere
dando al aire parasismos,
parece que la otra flor,
del dolor de haber perdido
su semejante o su amante,
si antes fue al campo florido
azucena de las rosas,
yace desmayado lirio.

Los dos, pues, somos dos flores,
que, habiendo juntas crecido
era fuerza que faltando
por accidentes precisos
una de las dos, muriera
la otra flor; y así entendido
que a faltarme tú en el campo
donde fragantes vivimos,
había de morir yo
desesperado y corrido.

Y si así puedo tener
almas que a tu amor dedico,
¿cómo había de apartarme
de tus rayos sensitivos,
si cuando con ellos muero
flor en ellos me habilito?

Y así, faltándome aquella
que pudo crecer conmigo,
no cumpliera con la fe
que debo a tus beneficios
si al compas que flor has muerto
no vengo a morir contigo.

BLANCA. ¡Ah, Enrique! desigualdades
suelen padecer peligros;
yo (aunque en sangre no me excedes)

soy, cuando a igualarte aspiro,
parto errante de esta selva,
aborto inútil de un risco;
tú, hermano de un rey, que atiendes
a reinar, pues no ha tenido
en veinte años de casado
ramas de su tronco altivo;
y aunque el Rey puede nombrar
por heredero a un sobrino,
está enfermo, y es su hermano,
y ha de admitirle propicio,
que en los gustos y en las muertes
se acaban los enemigos,
y suelen con los estados
mudarse los albedríos.
¿No ves entregarse al mar
aquel río fugitivo,
que hace golfo esa ribera,
tan soberbio, tan altivo,
que duda el río si es mar,
o dada la mar si es río?
Pues yo le conocí arroyo,
tan humilde y abatido
que le atajaba la murta
los pasos a su destino
y hoy, soberbio y arrogante,
monstruo de nieve vestido
lleva a saco las campañas,
burlándose de lo mismo
que antes le atajó los pasos
a su primer precipicio.
Mira aquel batel alado
que hecho hipogrifo marino
olvida azules campañas,
de los vientos impelido;
pues yo le vi zozobrando
ocultarse en el abismo,
y ya del viento ayudado,
vuela grave y corre altivo.
pues si un arroyo creciendo
se olvida de su principio,
y si una barquilla frágil
burla los salobres riscos,
uno con plantas de nieve
y otro con alas de lino,
claro está que he de temer,
cuando tus pisadas sigo,

que con mudanza del tiempo
batel corras, vueles río.

ENRIQUE. La respuesta escucha, Blanca;
pero tu padre ha venido.

BLANCA. Irme quiero.

ENRIQUE. ¿Para qué?

Pues tu padre no ha entendido
de nuestro amor las finezas,
ni en crédito ni en indicios.

Sale ROBERTO.

ROBERTO. ¿Hijo, Enrique? ¿Blanca mía?

BLANCA. ¿Señor?

ENRIQUE. Hoy mi gloria empieza.

ROBERTO. Vengo con mucha tristeza
de traer mucha alegría;
a un tiempo para los dos,
no sé si vengo a contar,
o para tu fe un pesar,
o un contento para vos.
Sabed que...

ENRIQUE. No prosigáis,

porque es imposible haber
asegurado un placer
si una pena aseguráis
que si yo gozo el contento,
aunque la pena llevéis,
sé que el contento tendréis
y al contrario, también siento,
que si vos tenéis pesar,
aunque yo tenga el contento,
será tal el sentimiento
de veros a vos penar,
que entre amorosos trasuntos,
como tanto nos queremos,
o los dos, gozos tendremos
o los dos, pesares juntos.

ROBERTO. Eso es imposible ser;

y para argüir mejor,
sabed, que nace el dolor
de que os tengo de perder.
y en fin, como os he criado,
y en mi casa habéis vivido,
sabe Amor cuánto he sentido
vuestra ausencia y mi cuidado.
Porque es de mis canas ley,
el contento en vos es llano,
y es que murió vuestro hermano,

que heredasteis y sois rey;
vuestros pies, Señor, me dad,
(De rodillas.)

y mi humildad no os espante,
que antes os miraba Infante
y agora os miro deidad.

ENRIQUE. Roberto, a mis nobles lazos
subid, como padre mío,
pues deudas de mi albedrío
quiero pagar con mis brazos;
mas quiero que vos reinéis,
Príncipe, en mi voluntad,
que la imperial majestad
del reino que me ofrecéis.

Este reino es de los dos,
y hoy en tal alto lugar
he de dejar de reinar,
porque reinéis sólo vos;
dadme agora ese papel.

(Haya una cartera con recaudo de escribir sobre un bufete, y dásela Roberto. Firma Enrique, y da la firma en blanco a Blanca.)

ROBERTO. ¿Qué intentáis?

ENRIQUE. Quiero empezar

a agradecer y pagar
méritos de un pecho fiel:

Aquesa firma tomad,
Blanca hermosa, cuanto soy
en siete letras os doy;
en mi albedrío mandad.

BLANCA. Yo os agradezco el favor,
y puesto que mi albedrío
no puede llamarse mío,
a mi padre y mi señor
la doy con vuestra licencia,
que no es bien en mis favores,
cuando él sobra a darme honores
que falte yo a su obediencia.

(Dale Blanca la firma a su padre.)

ROBERTO. Tu fe y tu amor se confirma,
y puesto que me la das,
Blanca mía, tú verás
lo que importa aquesta firma;
y vuestra Alteza podrá,
antes que el sol vuelque el coche,
ir a Palermo esta noche,
que pues media legua está
desta humilde casería,

bien es con vuestro arrebol,
que si ayer le dejó el sol
hoy en vos le salga el día.
Ya todo lo noble viene,
aunque yo me he adelantado,
que alas me prestó el cuidado
y pues de su parte tiene
lo noble con lo vulgar,
salga con méritos tales
a dar honra a los leales,
rayos a lo popular.

ENRIQUE. Id, pues, que yo partiré.

ROBERTO. (Ap.) Hoy mi lealtad se confirma,
que pues llevo aquesta firma
en blanco, intentar podré
con tan nuevo pensamiento,
aunque él lo quiera impedir,
lo que su hermano al morir
mandó por su testamento. (Vase.)
(Llore Blanca.)

ENRIQUE. ¿Vos con lágrimas, Señora,
siendo mi gloria precisa?

Aunque lágrimas de risa
suele verter él aurora.
Mas puesto que el alma ignora
la causa, saber querría
dudosa mi fantasía,
cuándo con llanto me habláis,
si las perlas que arrojáis
son de pena o alegría?

BLANCA. Cuando vida y muerte siento
llevada de una ilusión
no sé si de pena son,
o si fueron de contento.
Ya mis recelos consiento
y ya se alegra mi amor,
y así entre amor y temor,
dudo vuestra, y temo mía
si las guardo a mi alegría
o las debo a mi dolor.

ENRIQUE. Oye, pues quiero probar,
pues le llego a conocer,
que estas perlas han de ser
nacidas de tu pesar.
Cuando procede el llorar
de algún grave sentimiento,
es evidente argumento

(si me entiendes como escuchas)
que salen, si es pena, muchas
pero pocas, si es contento.
Natural es la razón,
que en un mal acreditado,
viéndose el pecho apretado
las expele el corazón;
mas si de alegría son
como está el alma espaciosa,
por todas partes rebosa
las lágrimas en despojos,
y así se sale a los ojos
la que fue perla a ser rosa.
Pongamos, para enseñarte,
algún agua en esta mano;
cierra la mano, y es llano
que saldrá por esta parte;
mas ábrela y se reparte
toda el agua por la palma,
y así saco en esta calma
de aquesta misma razón
que hay pena, si muchas son;
si pocas gozo del alma.
Tú, pues, si el llanto consientes
cuando argüir me provoco
a ser el llanto más poco,
dijeras gustos presentes;
lloras mucho y mucho sientes,
luego podré imaginar
en tu continuo anhelar,
por evidente argumento
que a ser poco era contento,
y siendo mucho es pesar.
BLANCA. En mis prolijos dolores,
confesar es justa ley,
que aún no empezáis a ser rey
cuando empiezan mis temores;
penas, recelos, rigores
tienen mi pecho alterado
viéndoos en tan alto grado;
porque puede ser, Señor,
que se mude vuestro amor,
pues se muda vuestro estado.
Y si he de feriar a precio
de un olvido dolor tanto,
muérame yo de mi llanto
y no de vuestro desprecio,

porque más constante precio
cuando el rigor me convida
si he de mirarme ofendida
en mi daño y vuestra suerte,
una apresurada muerte
que una dilatada vida.

ENRIQUE. ¿Tú dudar y tú temer?
tú suspirar y sentir?

Poco te debe el vivir,
si te das al parecer.

Tu esposo tengo de ser,
en Palermo quiero ufano
casarme, y pues glorias gano,
pretendo por lauro y palma,
si en secreto te di el alma,
darte en público la mano.

Allá te espero, Señora,
yo me quiero adelantar,
no tienes que recelar,
lágrimas reprime, aurora;
bien sabes tú que hasta agora
ni constante ni amoroso,

ese copo milagroso
he tocado de cristal;
pues gócele yo en señal
(Tómale una mano.)

de que hoy he de ser tu esposo.

Aquella firma que di
fue (pues mi estado te altera),
para que tu amor hiciera
lo que quisiese de mí,
queda adiós, tuyo he de ser.

BLANCA. Yo amante y agradecida
te ofrezco, ¡es poco una vida
para poderla ofrecer!

ENRIQUE. Mundos quisiera tener.

BLANCA. Almas yo.

ENRIQUE. Yo sentimientos.

BLANCA. ¿Te vas, en fin?

ENRIQUE. ¡Qué tormentos!

A aguardarte voy.

BLANCA. Yo iré;

pero aguárdale, porque
hablando, mis pensamientos
me dicen en mi dolor...

ENRIQUE. ¿Qué tienes? di, ¿qué quisieras?

BLANCA. No quisiera que te fueras.

ENRIQUE. ¿Qué sientes, Blanca?

BLANCA. Un temor.

ENRIQUE. Eterno será mi amor.

BLANCA. Firme seré.

ENRIQUE. Yo constante.

BLANCA. Roca soy.

ENRIQUE. Seré diamante.

BLANCA. Así de tu amor lo infiero

¿En fin, iré?

ENRIQUE. Allá te espero.

BLANCA. Soy tu esposa.

ENRIQUE. Y yo tu amante.

(Vanse.)

Salen EL CONDESTABLE y CUATRÍN.

CONDESTABLE. ¿No dejarás, Cuatrín, tus disparates?

CUATRÍN. ¿No quieres que me admiren tus dislates,
pues parece, según estás suspenso,
que se te llega el plazo de algún censo?

¿Hoy que al Rey, que es del mundo nuevo espanto,
en Sicilia le espera noble tanto,
te sales de con ellos, y en palacio
te entras a llorar penas tan de espacio?

CONDESTABLE. Aquí esperarle quiero;

¡ay, Blanca hermosa, por tus soles muero!

CUATRÍN. Pon tus potencias y tu vida en salvo;
ven acá, dime, ¿empiezas a ser calvo?

Que ésta era triste suerte,
y tanto mal se advierte

en un calvino que se ve pelado,
que pesante de estar calaverado,
no hallando lo esmaltado de la pieza,
piensa que se le muere la cabeza.

CONDESTABLE. Cualquiera mal tomara
como aqueste volcán no me abrasara.

CUATRÍN. ¿Que calvo ser tomaras? mal intento;
óyeme de los calvos este cuento.

Contra el dios Baco cometió un pecado
la mona; pero Baco muy airado,
desde su trono, donde monas salva,
la mona condenó a que fuese calva;
mas apeló la mona la sentencia
al dios Júpiter, y él con más clemencia
licencia dio a la mona que pusiera
la calva en cualquier parte que quisiera;
mas ella, la sentencia confirmada,
llamándose infeliz y desdichada,
tanto en su mismo enojo se atropella,

que iba buscando en sí donde ponella;
y, en fin, por no ponérsela en la frente
la puso en el lugar más indecente.

Considera tú, pues, repara ahora,
que el castigo en la mona se mejora,
pues lo que el calvo trae en la mollera,
la mona lo trae puesto en la trasera.

CONDESTABLE. ¡Ay, Cuatrín, que me muero de un cuidado!

CUATRÍN. Parece que has perdido y que has jugado;
mas cuéntame tu mal y tu tragedia,
en ley de buen galán de la comedia
que habla con su lacayo en mucho seso.

CONDESTABLE. ¿Sabrás darme un consejo?

CUATRÍN. Di el suceso.

CONDESTABLE. De los lazos de amor desengañado
por la verde fragancia de este prado,
matiz que dibujó la primavera
por pintar de esmeralda esa ribera,
llegaba yo a un arroyo cristalino
sediento del calor; el labio inclino
al corriente; que aljófara se desata,
y apenas bebo un rayo de su plata,
cuando, sin que del agua me levante,
miro venir por el arroyo un guante.
Sácole entonces del corriente puro,
y por breves discursos conjeturo
(cuando a lograrle en los cristales iba)
que su dueño quedaba más arriba.
Subo, pues, por la orilla, que argentada
era vena de plata destilada;
démome gobernar del pensamiento,
y a pocos pasos ruido de agua siento,
voy dudando un discurso de retamas
y encúbrome en lo espeso de las ramas,
suelto la vista y miro entre la arena
una mujer en traje de Sirena:
Vida del campo, de las flores muerte,
lavábase la cara desta suerte.
Sentada en las orillas,
se quitó de los brazos dos manillas,
unos anillos luego,
y tocando en el agua, tocó a fuego:
El arroyo, que hablaba
con lengua de cristal, que murmuraba
de afrenta de mirar tanta blancura,
la dijo: «Aunque me venza tu hermosura,
pues que tu blanca mano a mí se atreve,

la pienso derretir toda la nieve.»
Tiró las mangas de los blancos brazos,
dióselos al arroyo, y diole abrazos;
la sangre que en sus venas se inquietaba,
tan gozosa en los brazos se mostraba,
que mirándola inquieta parecía
que por gozarlos todos los corría.
Llegó el agua a la cara y a los ojos,
cega su cristal, y dióla enojos;
mas el arroyo, que la vio burlada,
de sus mismos cristales salpicada,
aunque al mar caminaba tan aprisa,
por verla airada se paró de risa.
Pero estando sus ojos disfrazados
casi con los cristales eclipsados,
que eran el agua y ojos advirtieras,
ellos soles y agua las vidrieras.
La nariz, que al cristal daba despojos,
metió paz en la guerra de sus ojos,
porque a no estar en medio, en dulce riña,
los dos se dieran muerte niña a niña.
Su boca entonces, clavellina breve,
a puro carmesí bordó la nieve,
siendo al llegar su labio a la corriente,
una guija de aljófar cada diente;
un hoyo entre la barba se escondía,
que una gota del agua consentía,
y tanto, que admirado dudé al verla
si en su distrito se cuajaba perla;
sacó las manos del arroyo iguales
y sacudió cristales de cristales.
Levantose del suelo airoosamente,
sacó un cendal de nieve trasparente
que en la manga traía,
púsole al rostro y anublose el día
y enjugándose el cielo de diamante,
tan equívoco estaba en su semblante,
que no siendo matices, ni bien flores,
se anduvieron buscando sus colores.
Pero enseñando sus luceros bellos,
no me hallé en todo yo, que estaba en ellos,
pues con haberme entonces escondido,
aun sin mirarme me dejó rendido.
¿No suele cazador confuso y ciego
el plomo disparar que hostiga el fuego,
que habiéndole a los aires disparado,
acierta sin saber donde ha tirado?

Así arrojando flechas de sus ojos,
de esta hermosa deidad nuevos despojos,
libres alas de amor, del sol donaire,
pensando vincularlas en el aire,
en mí, que estaba entonces encubierto,
lo contingente fue preciso acierto.
Aurora deja aljófara cuanto pinta;
yo la sigo, ella se entra en una quinta;
sé que es su nombre Blanca, sé su fama,
que es hija de Roberto, amor me llama,
cierro el labio, dejando el pecho abierto,
temo que he de morir de no haber muerto;
su rostro miro, adoro su belleza,
hízose amor en mí naturaleza.

Busco a su padre, dígame mi intento,
prométeme a su hija en casamiento;
pues que soy en Sicilia condestable,
escúchole amoroso, admito amable;
quedo contento, tarda esta esperanza,
temo cobarde, dudo otra mudanza,
quíerola amante, espérola remiso,
es fuerte mi dolor, mi amor preciso.

Su padre no ha venido, yo le espero,
muere el Rey, de mi dicha desespero,
el infante le hereda, es su privado,
muere mi gusto, vive mi cuidado;
aqueste es mi tormento,
mira si mucho siento, aunque más siento.

CUATRÍN. La relación suspende y maravilla,
que lleva al acabar su carretilla.

(Ruido.)

CONDESTABLE. ¿Qué alboroto es aqueste?

CUATRÍN. Que ha llegado

e hermano del Rey, que le ha heredado,
y entra ahora en Palermo, según vemos.

CONDESTABLE. A este lado, Cuatrín, nos apartemos.

Salen ROBERTO, ROSAURA, ENRIQUE, vestido de negro, y ACOMPAÑAMIENTO;
saca Roberto la firma de la mano.

ROBERTO. Generoso rey Enrique,
de cuyo valiente pecho
se retrata lo invencible
se origina lo discreto,
¿conocéis aquesta dama?

ENRIQUE. Sí la conozco, y respeto
por prima mía, y también
sé que ha estado mucho tiempo
fuera de aquí.

ROBERTO. Pues dareisme
bien merecido silencio.

Rugero, rey de Sicilia,
vuestro hermano, que en el cielo
pisa estrados de diamantes
cortesano de otro imperio,
por su testamento deja
a Enrique por su heredero,
porque nunca tuvo hijos
ramas de su tronco regio.
Manda también que se case
(así lo deja dispuesto)
con Rosaura, prima suya
antes de tomar el cetro.
Y de no querer casarse
ni obedecer sus preceptos,
manda, que este reino pase
al segundo hermano vuestro,
que está en Mesina; pues es
costumbre, que si muriendo
el rey no tuviere hijos,
pueda, conforme a los fueros,
nombrar el rey un pariente,
el que quisiere. Yo, viendo
que dejáis a mi elección
cosas de tan grave peso,
hoy he avisado a Rosaura,
vuestra prima, que, sabiendo
el suceso por mis cartas,
se puso en camino luego,
y ha llegado a aqueste instante;
pero don Enrique viendo
lo que con Rosaura gana,
como obediente ha dispuesto
casarse ahora con ella,
por este consentimiento
de su firma, que me ha dado
para ello.

ENRIQUE. ¡Válgame el cielo!

ROBERTO. Y la Reina, mi señora,
a su tío obedeciendo,
al lado de aquesta firma
la suya también ha puesto;
aquestas son las dos firmas
de los dos, y así al momento
la podéis vos dar la mano,
que goces siglos eternos.

ENRIQUE. Mirad, Roberto, que yo...

ROBERTO. Vuestra Alteza ha sido el mismo
que aquesta firma me dio,
y aqueste consentimiento,
y la Reina lo permite.

ROSAURA. Y para obligaros, quiero
ser la primera que os bese
vuestra mano. (Arrodíllase.)

ENRIQUE. Alzad del suelo,
pues yo vuestro esclavo soy,
y más amante que dueño
Roberto, escuchad.

ROBERTO. Señor...

ENRIQUE. (Ap.) En nuevos Etnas me enciendo,
esto se ha de deshacer,
pues sin mi gusto se ha hecho.

ROBERTO. (Ap. a Enrique.)
Vuestra Majestad advierta,
que se ha de quedar sin reino,
que así el muerto Rey lo ordena;
y si algo a vuestro amor debo,

os suplico no rompáis
los soberanos decretos,
que aunque vuestra firma fuese
para mi hija, sospecho
que con Rosaura os casara;
pues de tan noble me precio
que a mi Rey obedeciera
siempre leal, siempre cuerdo.

Y mirad que está empeñada
Rosaura, y que nacen riesgos,
y que ha venido a casarse,
y que es muy grande el empeño,
que ha de volverse corrida,
y vos perderéis el cetro,
y ella se vendrá a casar
con vuestro hermano, supuesto
que hereda si no aceptáis.

ENRIQUE. ¡Oh, nunca! ¡oh, nunca! Roberto,
os diera la firma en blanco.

(Ap. ¿Qué haré? Mas si aquí la dejo,
gano a Blanca, a quien adoro,
y si Blanca, el reino pierdo;
ofenderase Rosaura,
conjurarase Palermo,
y, en efecto, he de perderme.
¡Aquí de mis sentimientos!

¿Qué he de hacer en este caso,
que si agora no obedezco
mi honor corre riesgo aquí?
y si lo hago, es mayor riesgo:
Amor, honor me confunden.
Mas, ¿qué dudo? Mas, ¿qué temo?
Válgame la industria aquí;
yo disimulo, y convengo
en ello, que mientras viene
la dispensación, intento,
conjurando mis vasallos,
tenerlo todo desecho.
Esta noche veré a Blanca,
pues por el roto secreto
de la rompida pared
me ofrece ocasión el cielo;
y, en fin, ha de ser mi esposa.)
Tomad, Rosaura, el asiento.
(Siéntanse.)

ROSAURA. (Ap.) Con el semblante me dice
aun más de lo que sospecho.

ENRIQUE. ¡Qué de penas es un mal!

ROSAURA. ¡Qué de males es un yerro!

ENRIQUE. Roberto, haced que se traiga
la dispensación, que quiero
desposarme con Rosaura.

ROSAURA. Mil años os guarde el cielo.

ROBERTO. Yo os obedezco, Señor;

y los grandes por sus puestos
os quieren dar la obediencia
como es de Sicilia fuero.

CONDESTABLE. (Ap. Ya es Enrique rey, y ya

ha mandado el rey Rugero
que reine con él Rosaura:
sabe el cielo que lo siento,
porque don Pedro, su hermano,
es mi amigo; mas supuesto
que es menor, y no se pueden
romper del rey los secretos;
pues es fuerza obedecer,
a besar su mano llevo.)

Siglos cuente vuestra Alteza,
Rey del siciliano imperio,
las edades os aguarden,
y en el polo contrapuesto
Rey de dos mundos os cante
la fama en acordes ecos.

ENRIQUE. (Ap. Éste pienso que es amigo
muy íntimo de don Pedro,
mi hermano, que está en Mesina
y es forzoso, según creo,
para el intento que sigo,
agasajarle discreto;
pues ser puede que a mi hermano
ayude si no obedezco.)

Condestable de Sicilia,
primo y amigo, ya veo
servicios que reconozco
y afectos que considero;
pedid qué yo os pueda dar.

CONDESTABLE. Si tantas honras merezco,
pido que me deis, Señor,
a Blanca, hija de Roberto,
pues su padre lo consiente.

ENRIQUE. Bien está. (Ap. ¡Valedme cielos!)

CONDESTABLE. Digo que su padre gusta
que yo sea...

ENRIQUE. Ya os entiendo,
mi mayordomo mayor
os hago, y haced que luego
se prevenga, como es justo,
en Sicilia el juramento.

Id, pues.

CONDESTABLE. Voy a obedecer.
(Ap. ¡Qué enigmas son las que advierto!)
(Vase.)

CUATRÍN. (Ap. Al Rey quiero dar un jaque;
mas sabe Dios que le temo,
pues por la boca y los ojos
está arrojando tudescos.)

Vuestra Alteza dé a Cuatrín
de la caja de los dedos
a besar su menor callo.

ENRIQUE. ¿Quién sois?

CUATRÍN. Indigno escudero
de un arenque de mi amo;
digo, un rocín, que es compuesto
de pescado y de cecina
por lo magro y por lo seco.

ENRIQUE. Buen humor.

CUATRÍN. No soy casado.

ENRIQUE. ¿Ni lo seréis?

CUATRÍN. Ni he de serlo.

ENRIQUE. ¿Quiédeos mucho el Condestable?

CUATRÍN. Soy un secretario lego
con quien sus secretos parte,
pero nunca sus dineros;
porque destos no he sabido
ni públicos ni secretos.

ENRIQUE. En efecto, ¿qué queréis?

CUATRÍN. A pediros sólo vengo
mandéis que de vuestra parte,
dé un recaudo al tesorero,
que aunque me llaman Cuatrín,
que es moneda destos reinos,
con ser moneda mi nombre
ni un solo mi nombre tengo.

ENRIQUE. Decid que os den cien escudos.

CUATRÍN. Mandad más, porque supuesto
que los ciento no han de darme,
viene a ser en vos defeto
mandar ciento y no cien mil,
y vos cumpliréis con esto
a ley de rey generoso;
y yo llevaré el consuelo
que me mandaron cien mil
ya que no me dan los ciento. (Vase.)

ENRIQUE. ¿Qué ruido es éste?

ROBERTO. Es mi hija,
que ha tardado desde el tiempo
que yo la he enviado a llamar.
(Levántase.)

ENRIQUE. (Ap.) Mayores desdichas temo.

ROSAURA. ¿Qué os alborotáis? Sentaos.

ENRIQUE. (Ap. ¡Ay, Blanca mía!) Obedezco.
Sale BLANCA.

ROBERTO. Llega y dale el parabién
del dichoso casamiento
con Rosaura, que es su prima.

BLANCA. ¿Qué, decís? (Ap. Pero si veo
la ofensa, si mis desdichas,
si mis oprobios advierto,
si sus traiciones admiro,
y si sus engaños siento,
¿qué he de hacer? Aquí pesares,
aquí prolijos tormentos.)

ROBERTO. Da el parabién a los reyes.

BLANCA. (Ap. Mas yo disimulo.) El cielo,
(Llegue a Rosaura.)

Señora, de vuestras ramas
produzca claros renuevos,

y gocéis a vuestro esposo
los años de mi deseo.

ROSAURA. Doña Blanca, como es justo
agradezco vuestro celo.

BLANCA. Y a vos el cielo (Ap. ¡Ah traidor!),
señor del alarbe imperio
os llame (Ap. ¡Ah cruel!, ¡ah falso!),
y los sicilianos vuestros
(Ap. Os den la muerte), atrevidos,
postren mundos a ese cetro.

(Ap. Que me llevan mis dolores.)

ENRIQUE. (Ap.) Que me lleva mi tormento.

BLANCA. (Ap.) ¡Que esto sufro!

ENRIQUE. (Ap.) ¡Que esto callo!

BLANCA. Mucho al sufrimiento debo,
que fuera bien, gran Señor,
que vuesa Alteza...

ENRIQUE. Ya veo

que es razón pagar servicios
que he debido al pecho vuestro.

ROBERTO. (Ap.) ¡El Rey confuso, ella triste!

Esta noche, vive el cielo,
la he de casar con el Conde
en la quinta. Honor, teneos.

ENRIQUE. El Condestable ha pedido
Vuestra mano.

BLANCA. (Ap.) ¡Esto consiento

ENRIQUE. ¿Qué decís?

BLANCA. Que yo, Señor...

ENRIQUE. Vuestros recatos entiendo;
yo me acordaré de entrambos.

BLANCA. (Ap.) Mal haya, amén, mi silencio.

ROBERTO. (Ap. En los ojos le he leído
a Enrique los pensamientos.)

Vamos, que a besar tu mano
está aguardando Palermo.

(Levántanse.)

BLANCA. (Ap.) ¡Que yo calle...

ENRIQUE. ¡Que yo sufrá...

BLANCA. (Ap.) ¡Este amor!

ENRIQUE. (Ap.) ¡Aqueste incendio!

BLANCA. (Ap.) ¡Estos celos!

ENRIQUE. (Ap.) ¡Esta injuria!

¡Ay, que por Blanca me muero!

BLANCA. (Ap.) ¡Ay, que la ofensa me mata!

ENRIQUE. (Ap.) ¡Ay, que en mi pena me anego!

ROBERTO. Todo es confusión.

ROSAURA. ¡Qué enojos!

BLANCA. ¡Qué desdichas!

ENRIQUE. ¡Qué tormentos!

BLANCA. ¡Ay, si me vieras el alma!

ENRIQUE. ¡Ay, si me vieras el pecho
(Éntranse todos y detiene Roberto Blanca.)

ROBERTO. Hija, el Rey está casado,
tú también te has de casar;

esta noche han de cesar
las guerras de mi cuidado.

El Condestable ha de ser
tu esposo, que te ha pedido;
es noble, y yo te he ofrecido.

BLANCA. Señor...

ROBERTO. No hay que responder;
a prevenir voy el coche,
y al Conde avisar querría,
porque en nuestra casería
se haga la boda esta noche.

BLANCA. Señor, si me das licencia...

ROBERTO. No hay por qué tu labio se abra,
que en dando yo mi palabra
no ha de faltar tu obediencia. (Vase.)

BLANCA. ¡Oh, tú, columna del cielo,
tú, monte del sol Atlante,
ciudadano de los astros!

¿En qué entiendes, que no abates
sobre este mísero objeto
tanta roca incontrastable,
o en prodigios que despeñes,
o en montañas que desgajes?
A ti digo, estrella fija.

(¿Fija dije? Miento, errante;
pues ya a los cielos me subes
y ya al abismo me abates;)

¿qué me quieres? Déjame,
no con discursos neutrales
un pecho constante venzas,
un alma alteres diamante,
o muera yo de una vez,
o mis alientos me falten,
o la injuria me atropelle
o el sentimiento me acabe.

¡Ah, Enrique, rey de Sicilia!

¿Así a quien eres faltaste?

¿Tú habías de ser mi esposo?

¿Tú eres aquel firme amante

que venció de mis discursos
bien nacidas libertades?
No porque de mi recato
mi amor decente pasase,
sino porque me empeñé
en quererte y adorarte.
¿Por seis años de finezas
un breve imperio trocaste?
¿No es el gusto monarquía?
¡Ay de mí, que me combaten
a diluvios las desdichas
y los tormentos a mares!
Plegue a Dios, Enrique aleve,
pues ingrato me dejaste
por Rosaura, que una fiera
entre esos espesos sauces,
hambrienta te despedace;
o si a caballo subieres
por los desiertos ramblares
de esa intrincada maleza,
desenfrenado te arrastre.
y plegue al cielo (¿qué digo?)
que si acaso lo intentare,
al precipitarse rayo
le inundes por los ijares.
La fiera, león o tigre,
prodigio de esos jarales,
al revolverte suplicio,
te desvanezca cadáver.
¿Mas yo he de quedar muriendo,
tú contento has de quedarte?
Aborrézcate tu esposa
con iras tan eficaces
que tu muerte solicite
cuando por ella te abrasas,
y ella muera de mi fuego;
abrásenla los volcanes
que de mi encendido pecho
rayos exhalados salen.
Pero ella, ¿qué culpa tiene?
Y tú, que al reino aspiraste,
tampoco no tienes culpa.
¿Quién la tiene? Yo. Pues basten
las celosas intenciones
y atropelladas lealtades.
¿Qué haré yo para el castigo

que debo a mi misma sangre?
¿Cómo me daré yo muerte,
pues de tan viles ultrajes
yo sola tengo la culpa?
¿Cómo podré castigarme
yo misma? Mas ya sé el cómo.
¿No me ha dicho aquí mi padre
(a fuerza de mi obediencia)
que con el Conde me case?
¿Pues qué mayor muerte quiero,
si le aborrezco constante,
para vengarme de mí?
Si Enrique me quiso antes,
y ahora también me quiere,
para que en celos se abraze;
si no me quiere, también
por mi enojo he de casarme
para vivir desdichada,
para castigar mis males;
porque él viva y muera yo,
porque su fuego descansa,
porque el enojo me incite,
porque esta pena me afane,
porque esta llama me encienda,
y porque Sicilia cante
que ha habido en ella mujer
que en sí ha querido vengarse.

Jornada segunda

Salen a un tiempo por las dos puertas, medio desnudos, EL CONDESTABLE y ROBERTO, con las espadas desnudas, y EL CONDE, con una luz en la mano, y encuéntranse en medio del tablado.

ROBERTO. ¿Qué ilusiones, Condestable,
qué fantásticos engaños
vuestro pecho han suspendido
y nuestro lecho alterado?
Cuando con Blanca, mi hija,
vuestra esposa, pensé hallaros
más amante que marido
y más fino que casado,
por ser la primera noche
que entre sus luceros claros

os vinculasteis dichoso,
mariposa de sus rayos,
os levantáis poco cuerdo,
y con la espada en la mano
desvanecéis a los aires
vuestros ímpetus gallardos,
y habiendo pedido luz,
el semblante desmayado,
colérica la razón,
muerto el amor, vivo el daño,
toda la casa miráis?

Decid, pues solos estamos,
¿qué arrojamiento conduce

a vuestro error, vuestros pasos?

CONDESTABLE. ¿No sois noble?

ROBERTO. Sí lo soy.

CONDESTABLE. ¿Prometéis que vuestros labios
puertas sean, que cerradas
oculten agravios tantos?

ROBERTO. Así la palabra os doy;
pondré al silencio candados.

CONDESTABLE. ¿No os toca mi honor también
como a padre mío?

ROBERTO. Es llano,
y la defensa me toca.

CONDESTABLE. Pues óyeme atento un rato:

en túmulos de cristal
no bien Febo sepultado,
le hicieron funestas honras
los huracanes nevados,
cuando sin las prevenciones
usadas en los palacios,
sin pedir al Rey licencia,
en su privanza fiado,
en aquesta casería
(bello objeto de esos prados)
me disteis a doña Blanca
esta noche.

ROBERTO. Al caso vamos
ya os desposasteis con ella
porque antes enamorado
me pedisteis por favor
que os diese su blanca mano.

CONDESTABLE. Anoche, pues, como digo,
no bien en tálamo blando
en el éxtasis de amor
iba repitiendo abrazos,

cuando a Blanca, vuestra hija
(vuelvo otra vez a avisaros
que sólo como a mi padre
mis congojas os declaro).

ROBERTO. No tengáis, Conde, recelos,
que por padre y por anciano
me debéis cuerdos avisos;
porque es a veces descanso
el declarar los pesares
a quien puede remediarlos.

CONDESTABLE. En efecto, yo amoroso,
prudente, apacible y grato,
almas dando en las razones
y espíritus en los labios,
a Blanca, apenas mi esposa,
blandamente me consagro,
(que aun el dueño en los principios
necesita de agasajos;)
cuando de sus bellos ojos
dos arroyos destilados
por la margen de su rostro,
retóricamente falsos,
de mis futuras desdichas
me anunciaron los presagios.

Y como la boca abría,
(ya desmayado topacio)
y las lágrimas bajaban
por sus manantiales claros
y entrándose fugitivas
por el clavel desplegado,
iban a su centro el alma,
vino a ser mayor el llanto,
pues exhalaba otra vez
lo mismo que había llorado
los suspiros que arrojaba
con despegos, con enfados,
eran volcanes deshechos
y eran congelados rayos.
Tanto, que al volverse entonces
mal hallada entre mis brazos
a un lado, mató una vela
que en un bufetillo acaso
estaba a la cabecera;
y por accidente extraño,
no con maña ni con soplo,
que ése es suceso ordinario,
sino el fuego de un suspiro,

volvió la llama a su estado.
Pero viendo en Blanca entonces
más que lisonjas, cuidados,
aparteme a la fineza
y retireme al agrado.
Finjo sueño, miente el alma;
la voz guardo, prendo el labio;
casi dos horas después
deste suceso pasaron,
ella suspirando siempre,
yo siempre disimulando,
cuando sintiendo mis penas,
siento en el retrete pasos;
no lo creo, aunque lo escucho,
si lo dudo, aunque lo alcanzo.
Doy el oído al silencio,
a la evidencia me aguardo,
y oigo decir, «Blanca, Blanca».
Ella, si no con los labios,
respondió con la inquietud
y el alboroto; que hay casos
en que por los accidentes
se acreditan los agravios.
Yo, aunque a oscuras (¡qué de penas!)
tomo la espada irritado,
y a la venganza y castigo,
o me arrojo o me levanto;
tiro con la espada un golpe,
hallo en un broquel reparo,
y que me tira también
mi enemigo o mi contrario.
Sígole, y él se retira
a esa cuadra; tras él salgo,
doy voces, y sacan luces
a este tiempo tus criados;
y cuando pensaba bailar
la causa de asombros tantos
ni a mí me hallé en mi sentido,
ni a nadie en las piezas hallo.
Tomo la luz, como vide,
Y hallo los cuartos cerrados
por de dentro con cerrojos,
mi esposa sola en su cuarto
suspensa deste suceso;
yo mi ofensa imaginando,
dudo más y admiro más,
peno, sufro, siento y callo;

ya ilusiones imagino,
ya me confundo en encantos.
Pues si no es que baya salido
por el aire, no hay presagios,
estando cerrado todo,
de que esto me haya pasado.
lo cierto es que oí la voz,
que he reñido, que he dudado,
que está Blanca descontenta,
que has salido y me has hallado,
que aquesto me ha sucedido,
y que debes, como sabio,
o reducirme a consejos,
o habilitarme a cuidados.
ROBERTO. Condestable de Sicilia,
aunque debiera culparos
en que acreditáis ofensas
ilusiones de un encanto,
no basta el enojo mío
ahora para enseñaros
cómo debéis proceder
en tan aparentes cargos.
Y no os hablo como padre
de Blanca, ni apasionado
en las cosas de mi honor,
como vuestro padre os hablo.
Decís que Blanca, mi hija,
vestida de desagradados
al amor que amante os debe,
esta noche se ha negado.
Decidme, ¿sabéis que ayer,
aún no a Enrique coronamos
en Palermo, cuando yo,
peligros atropellando
sin que lo supiera el Rey,
de vuestra sangre obligado,
viniendo a esta casería
os di liberal su mano?
Pues si ella remisa entonces,
yo entonces determinado
quise atropellar su amor,
no acreditéis por extraños
despegos tan naturales:
Al amor engendra el trato;
no tan presto ha de quereros,
tiempo habrá para obligaros,
que es delito en los principios

hacer el amor halagos.
Personas hay que quisieran
la noche de desposados,
aun en sus propias mujeres
hallar decentes recatos,
porque presumen celosos
o imaginan deslumbrados,
que quien sabe hacer finezas
a los primeros abrazos.
Pues la representa en él,
que en otro las ha ensayado.
Y en lo que decís, que oísteis
esa voz, desengañaos,
fábula es de vuestra idea;
que es la ilusión un engaño,
que más que lo visto en ella
viene a ser lo imaginado.
¿Queréis ver que es ilusión
de vuestro confuso encanto?
¿Muchas veces no os sucede
estar tan ciego y tan vario,
que aquello mismo que hicisteis
dudáis si fue imaginado
con la fuerza de la idea
y aprensión? Pues al contrario;
puede ser que aquello mismo
que fue un ente del engaño,
una ilusión del sentido
o un discurso apresurado,
tan receloso os confunda
y os reduzca tan extraño
que acreditéis sucedido
lo que aún no fue en vos pensado.
Y si hubo ruido de espadas,
¿cómo ni vuestros criados
ni los míos han sentido
la pendencia? Moderaos
en las fantasías, Conde,
que ¿cómo estando cerrados
los postigos por de dentro
pueda alguno haber entrado?
Y si alguien dentro quedara
al acostaros, no es llano
que al salir dejara abierto?
¿Veis como estáis engañado?
¿Cómo es fantasía vuestra
que os engolfa en vuestro engaño?

Y aunque me debáis enojos,
sabed, que nunca me espanto
de ilusiones del sentido
que son en el alma agravios;
y en los casos del honor
que son los forzosos casos,
no cumpliéades con vos
si valiente y arrojado
no os levantarais del lecho,
siquiera a desengañaros;
que cuando las ilusiones
vienen a costar cuidados,
en el escrúpulo sólo
queda un noble deshonorado.
Esto supuesto, volved,
con tan precisos descargos
a los requiebros primeros,
que puesto que yo os allano
dificultades de honor,
tocándome de ellas tanto,
os podréis asegurar
cuando en vuestro honor me encargo;
con que a un mismo tiempo aquí
cumplís con vuestro recato;
yo cumplo con mi consejo,
y habremos dispuesto entrambos,
yo consejos, vos finezas,
avisos yo, vos agrados,
y, en fin, Blanca, vos y yo
tendremos asegurado,
Blanca amor y vos sosiego,
glorias ella y yo descanso.
CONDESTABLE. A evidencias del discurso
no he de mostrarme contrario;
pues me está tan bien creerlos,
digo, que yo me he engañado;
y pues Blanca está vestida
y sale ya de su cuarto,
vos, señor, os retirad,
que quiero amoroso y grato
agasajaría discreto
y desmentir avisado
de su ofensa los indicios
y de mi amor los recatos.
Y pues que ya ha amanecido,
esa luz podéis llevaros.
ROBERTO. Sois discreto.

CONDESTABLE. Sois prudente.

ROBERTO. Mucho debo a vuestro agrado;
vuestro padre y vuestro amigo
he de ser. (Vase.)

CONDESTABLE. Yo vuestro esclavo;
vestirme quiero, si es fuerza
que han de salir mis criados,
y mirando mi alboroto
no sabrán mis desengaños.

(Arrímese a una puerta donde estará un bufete con la ropilla, capa y sombrero y golilla y vueltas, pretina y daga, y acabarse ha de vestir.)

Sale BLANCA por la otra puerta.

BLANCA. (Ap.) Ni sé de mis pensamientos
ni mis discursos alcanzo,
y aunque en toda yo me busco,
en toda yo no me hallo.

Anoche Enrique (¡ay de mí!),
como la llave ha guardado
de la puerta del jardín,
mis infortunios dudando,
no sabiendo el desposorio
se entró por él hasta el cuarto
de la rompida pared;

pero no bien hubo entrado
cuando le sintió mi esposo:
Salió tras él; mas a caso
se volvió a salir a oscuras
la rota pared cerrando,
con que está dudoso el Conde;
él está aquí, yo le hablo,

aunque fuerce mi albedrío:
¡En qué confusión, qué caos,
se confunden mis sentidos!

¡Que un amor de tantos años
olvide tan presto a Enrique!

¡Por los cielos soberanos
que si vengarme pudiera...
pero paso, penas, paso:

Teneos, honor; tente, ofensa.
señor y dueño... No hallo
camino para fingir;
pero, corazón, finjamos
que no soy yo la primera
que en tan miserable estado
para aquél que menos quiere
se apercibe de agasajos.

CONDESTABLE. Esposa del alma mía...

BLANCA. Dueño y señor soberano...

CONDESTABLE. No en balde ese prado ameno,
fragrante alcázar del Mayo,
copa en que la blanca aurora
bebe aljófara destilado,
os hace salva de flores
como a general del campo,
abatiendo las banderas
de sus cogollos nevados,
no en balde...

BLANCA. Tened, Señor,
vuestras finezas extraño,
que haber estado confuso
y arrojado levantaros,
hablarme ahora amoroso,
antes ciego y avisado...

CONDESTABLE. No prosigáis, deteneos;
que quiero desengañaros.

Como quiso darme Dios
gloria en vos y dicha en mí,
de uno me hizo dos aquí
por quereros como dos;
dos mitades fui por vos,
ejemplo de mi lealtad,
y así, esta noche pensad
que impaciente y arrojado
tuve en mi mismo cuidado
celos de mi otra mitad.

Yo era aquél que me buscaba
esta noche en mi osadía;
mas cuanto me confundía
menos tanto en mí me hallaba.

Uno era, y dos me dudaba,
a fuerza del ciego Dios
y dije volviendo a vos:
¿Por qué me busco importuno,
si no soy en mí más de uno
y para Blanca soy dos?

Luego si en dos me partí
por quereros, fue fineza,
si el recelar fue extrañeza
de tener celos de mí.

Sacad, pues, Blanca, de aquí,
que siendo yo el homicida
de esta vida dividida,
más fe en mis celos se advierte,
pues me buscaba la muerte

porque me dabais la vida.
BLANCA. ¡Oh, quién feriera a suspiros,
dulce esposo, al escucharos,
como un pecho para amaros,
mil almas para serviros!
Mis cuidadosos retiros,
si os han cansado groseros
no es, Conde, por no quereros
que en este mar del amar,
antes fue por conquistar
almas para mereceros.
Es mi amor tan desigual
de lo que amor suele ser,
que ha llegado a merecer
eternizarse inmortal.
Tal se alienta ánima tal
en mis discursos ajenos
que aunque viven de almas llenos,
como el vuestro queda atrás,
flor sólo deberos más
me holgara que fuera menos.
A eternidad se convida
aqueste amor lisonjero,
que siempre el amor primero
es el que dura en la vida;
y si la parca homicida
cortare el hilo mejor
de vuestra vida, mi ardor
me asegura en mi cuidado,
que aunque vos me hayáis faltado,
no puede faltar mi amor.
CONDESTABLE. Equívoca habláis, Señora,
con diferente sentido;
pero aquí siento ruido,
dejémoslo por ahora.
Sale CUATRÍN.
CUATRÍN. Sobre un mal domado potro,
comediante de la legua,
porque sólo en los lugares
los galanes representan;
postillón de la campaña,
cortés por toda excelencia,
pues a cada paso suele
hacer dos mil reverencias,
se apea en aqueste instante...
Pero ya pienso que llega;
él dirá quién es, pues yo

quise pintaros la yegua.

Sale ENRIQUE.

ENRIQUE. No entre ninguno conmigo;

quedaos todos allá fuera.

¡Condestable! ¡Doña Blanca!

CONDESTABLE. Señor, ¿cómo vuestra Alteza

hace alcázar esta quinta

y hace cielo aquesta selva?

ENRIQUE. He salido esta mañana

a fatigar la maleza

desos montes, que a los cielos

eternidades apuestan,

con la Reina, y descubriendo

vuestra quinta, quise en ella

daros los justos castigos

de vuestras inobediencias;

y ansí, la Reina dejando

en la nevada ribera

a quien airado Neptuno

con globos de espuma argenta,

vengo a castigar delitos

de las intenciones vuestras.

¿Cómo os habéis atrevido,

Conde, sin daros licencia

a desposaros con Blanca?

¿Qué resolución es ésa?

Vive Dios, que en mis enojos

vuestros escarmientos vean,

cortándoos las viles alas.

CONDESTABLE. Señor...

ENRIQUE. No me deis respuesta.

CONDESTABLE. Roberto, padre de Blanca

me dijo, que vuestra Alteza

lo permitió; y así, yo...

ENRIQUE. Vive Dios, que si entendiera...

Pero llamadme a Roberto,

porque los castigos tenga

quien tuviere los delitos.

Id a llamarle.

CONDESTABLE. (Ap.) Hoy recela

el alma nuevas desdichas.

(Va a llamarle.)

ENRIQUE. Salíos fuera vos.

CUATRÍN. Y fuera,

con sólo un guiñarme de ojo,

de dos trancos a Ginebra:

¿Qué es a Ginebra? a Dalmacia.

¿Qué es a Dalmacia? a la Armenia.
y ansí por no dar enojos,
cejando con reverencias
más que quien lleva prestado,
me iré tomando la vuelta
desta sala hasta la otra,
donde reyes no me vean,
dando este paso hacia aquí,
con gorradas más bien hechas
que dan los que entran de balde
a un cobrador de comedias. (Vase.)
ENRIQUE. Blanca ingrata, fiera hermosa,
basilisco destas selvas,
hechizo tiranamente,
blandamente ingrata hiena,
que engañando con la voz
das muerte a tu forma mesma.
Vive el ciclo, esfinge aleve...
BLANCA. Vuestra Alteza se detenga,
que no desmienten engaños
coléricas impaciencias;
si viene a darme a entender
que de mi empleo le pesa,
no le pese, vive el cielo,
ni a mí tampoco me inquieta
que vuestra Alteza se case
con Rosaura; y así sea
igual en los dos aquí
la ingrata correspondencia;
que yo con mi esposo, el Conde,
tan gozosa, tan contenta
me hallo desde anoche acá,
que solamente me pesa...
ENRIQUE. ¿Qué?
BLANCA. Que no haya sido antes.
ENRIQUE. ¡Que esto mi enojo consienta!
BLANCA. Ya sentí que anoche entró
por la rota pared, y ésta,
más que fineza es injuria,
más que lisonja es ofensa.
ENRIQUE. Cuando olvidando el imperio,
que lo es mayor la belleza,
venía anoche a casarme,
¿Tan presto a llevar te dejas
de un agravio que es amor,
de una injuria que es fineza?
En fin, ¿te has casado?

BLANCA. Sí;

vengueme de tus ofensas.

ENRIQUE. ¿Ésa es venganza?

BLANCA. Es valor.

ENRIQUE. ¿Y tu amor?

BLANCA. Tarde te quejas;
tú me dejaste.

ENRIQUE. Tú fuiste

la que por una sospecha

o quizá por un deseo,

te casaste.

BLANCA. ¿Tú me niegas

que por reinar me olvidaste?

Sale EL CONDESTABLE.

ENRIQUE. Es engaño.

BLANCA. Es evidencia;

lo que yo digo es verdad

esposo, y dale cuenta,

por que está su Majestad

culpando tu inobediencia,

y yo te estoy disculpando,

(Ap. El alma ya por la lengua

iba a arrojarse. ¡Ay de mí!

¡Que mis congojas me ciegan!)

ENRIQUE. Conde, ¿no viene Roberto?

CONDESTABLE. Dicen que está en la ribera

con la Reina, mi Señora.

(Ap. ¿Qué me perseguís, sospechas?

¿Qué me queréis, fantasías?

¿El Rey dejando a la Reina

se viene a la casería?

¿Qué enigmas, cielos, son éstas?

ENRIQUE. Aunque Roberto os casase,

vuestra culpa es manifiesta,

pero es fuerza perdonaros;

y así, mañana quisiera

que a Palermo vengáis Conde.

(Ruido.)

¿Pero qué es esto?

CONDESTABLE. La Reina,

que con Roberto ha llegado.

ENRIQUE. No quisiera que me viera;

¿por dónde podré salir?

Que se ha de enojar por fuerza

pues la dije que a Palermo

me volvía.

CONDESTABLE. Sin que os vea

para pagarlos, es fuerza,
si merece como todas,
que como todas la quiera.
ROSAURA. Bien encarecido está.
BLANCA. Poco el Conde me debiera
si yo no digo mi amor
(Vuestra Alteza dé licencia),
que entre dos que bien se quieren
fuera muy poca fineza,
que el uno su incendio diga
y otro calle sus ternezas.
Es mi amor tan excesivo,
que antes que mi esposo fuera
sin haberle visto nunca,
dentro de mi propia idea
le estaba queriendo siempre,
tanto, que en mí es evidencia,
que no por verle le quise,
sino por naturaleza.
Pues si amor es accidente
que en el sentido se engendra,
y mi esposo, el Conde, aquí
de su afecto me confiesa
que me quiso por mirarme,
más gloria a mi amor se deba,
pues yo le adoré sin verle;
síguese, pues, que aunque tenga
amor como todos juntos,
ese mismo amor me enseña
que habiendo sido accidente,
por accidente pudiera
faltar también este amor.
Luego es fuerza que le exceda,
si mi amor es natural
y su amor es contingencia.
ENRIQUE. Mucho más le quiere Blanca.
(Ap. ¿Qué esto mi dolor consienta?)
BLANCA. (Ap.) ¡Que a este tiempo haya llegado!
CONDESTABLE. (Ap.) ¡Ah, si éstas verdades fueran!
ROSAURA. (Ap.) ¡Ah, si así le quiere Blanca!
BLANCA. (Ap.) Mi enojo y mi agravio sientan.
ROSAURA. Ya es hora de ir a Palermo.
CONDESTABLE. Permítame vuestra Alteza
que vaya hasta allá a servirla,
puesto que no hay media legua
desta quinta hasta la corte.
REINA. Quedaos, Condestable, en ella,

porque sois recién casado,
y es doña Blanca muy bella,
y haréis falta en vuestra casa.

CONDESTABLE. Mi silencio es mi obediencia.

(Ap. ¡Qué agravios! Qué desconsuelos!)

ROSAURA. Roberto conmigo venga.

ROBERTO. Obedeceros es justo.

ROSAURA. ¿No está cansado tu Alteza
de haber andado esta noche
fatigando la maleza?

¿No venís?

ENRIQUE. Ya os obedezco.

CONDESTABLE. (Ap.) ¡Esta noche ha estado fuera!

ROSAURA. Blanca, pues tenéis esposo

que vuestras partes merezca,

veneradle como a tal;

no os digo más, sois discreta.

Conde, pues la queréis tanto,

y ella adoraros confiesa,

mirad que es hermosa Blanca,

tened cuidado con ella.

(Vanse Rosaura y Roberto.)

BLANCA. (Ap.) Honor mío, valor mío,

¿dónde hallaré resistencia?

Pero huir es valentía,

cuando es la desdicha cierta. (Vase.)

ENRIQUE. Blanca, adiós.

CONDESTABLE. Ya se fue Blanca.

ENRIQUE. (Ap. ¡Qué de espíritus me lleva!)

Adiós, Conde.

CONDESTABLE. El cielo os guarde.

ENRIQUE. ¡Ay, Blanca, y cuánto me cuestas!

(Vase.)

CONDESTABLE. ¿Qué es esto que por mí pasa?

¿Qué confusiones son éstas?

Alerta, cuidados míos,

que toca el honor a leva.

Discursos, huid de mí,

apartaos de mí, sospechas.

¡Blanca anoche al desposarse

triste, dudosa y suspensa,

trocado en nieve su nácar,

su carmín en azucenas!

¡En el lecho suspirando,

desmayada y macilenta,

mal hallada entre mis brazos,

arrojando fuego en perlas!

¡El Rey en la casería
tan de mañana! ¡La Reina
siguiéndole cuidadosa,
él escondiéndose de ella!
Cuando yo entraba, mi esposa...
Pero no pronunciéis, lengua,
tanto linaje de injurias,
que unas con otras se encuentran.
¡Ay del tiempo en que el agravio
de tal especie se engendra,
que declararle es injuria
y reprimirle es ofensa!
Mas yo le digo a mí mismo,
pues no con mi honor cumpliera
si no lo sintiera tanto;
que aunque es verdad que la afrenta
en tanto afrenta se llama
en cuanto pública sea,
y ésta sólo yo la juzgo,
al que noble sangre alienta
más que la publica al mundo
debe mirarla secreta.
La Reina ha dado a entender
que el Rey ha salido fuera
esta noche de palacio;
yo sentí en mi cuadra mesma
voces y pasos; es cierto,
que esto de las apariencias
pueden engañar acaso;
pero no hay porque se crea
que todos cinco sentidos
uno toque y otro vea,
uno escuche y otro alcance,
y que todos cinco mientan.
Luego arguyo bien, es cierto;
mas la Reina entre sus penas,
que era hermosa sí lo dijo,
y que mirase por ella.
Ea, ¿qué dudo? ¿qué aguardo?
¡Oh ayúdeme mi prudencia!
¿Y que no advirtiese yo
(¡oh cuánto una pasión ciega!)
que el Rey, antes que lo fuese,
en esta quinta pudiera,
puesto que vivió con Blanca,
idolatrar su belleza?
Y si el Rey me negó a Blanca

al pedirla, ¿no era fuerza
que para hacerlo tuviese
alguna llama encubierta?
¿Pero esto, no puede ser
que una fantasía sea,
que de algún fácil principio
poco aparente proceda?
No es posible; sí es posible,
que a veces en nuestra idea,
como el natural humano
a los discursos se deja,
si alguno grabar procura
la imaginación primera
en el carácter del alma,
es el honor de manera,
que cuanto se dice y habla,
cuanto se imagina y piensa,
ya de otra razón se alegue,
ya de otra causa proceda,
piensa que todo se dice
porque se sabe su ofensa.
Bien arguyo; ¿pero cómo
se ha de apagar este Etna
que en la materia del alma
pródigamente se engendra?
¿Cómo, si no las admito,
no descarto mis sospechas?
Pero ya se me ha ofrecido
una industria con que es fuerza
o que viva el desengaño
o que mis discursos mueran.
Yo he de intentar esta noche
ser juez de su inocencia,
o testigo de mi agravio;
pues cuando a un tiempo me cercan
desengaños al indicio,
y a mis dudas evidencias,
disimularlas es yerro,
reprimirlas imprudencia,
no castigarlas delito,
atropellarlas vileza,
contenerlas es oprobio,
no buscarlas negligencia,
recatarlas es rigor,
apresurarlas violencia
y así sólo averiguarlas
mi industria esta noche ordena,

dando al indicio castigos,
dando al honor resistencias,
al deseo sufrimientos,
quilates a la prudencia,
palma a mi honor si hay victoria,
muerte a Blanca si hay ofensa. (Vase.)

Salen BLANCA y SILVIA con una luz.

SILVIA. Deja, Señora, el llorar,
pues le das al sentimiento
más quilates de tormento,
más incendio en que penar;
más pienso que por vivir
inmortal en tu tristeza
has hecho naturaleza
el suspirar y sentir.

BLANCA. No puede haber suspensión
en tan hallado tormento,
pues las lágrimas que siento
sudores del alma son,
gran fuego se alienta en mí.

SILVIA. Di, Señora, tu desvelo,
pues quizá hallarás consuelo
en mí.

BLANCA. No te toca a ti;
mis penas el alma llora
déjame conmigo estar.

SILVIA. Obedecer y callar
es lo que me toca agora.

Sale CUATRÍN.

BLANCA. ¿Y tú qué quieres, Cuatrín?

CUATRÍN. Vengo a decir si te agrada...

BLANCA. ¿Qué es a lo que vienes?

CUATRÍN. Nada.

BLANCA. Dilo, acaba.

CUATRÍN. Digo, en fin,
que el Conde...

BLANCA. Di.

CUATRÍN. Mi señor

en este instante va fuera,
y dijo que te dijera
que perdonases su error;
porque no puede venir
esta noche entre tus lazos
a gozar dulces abrazos;
yo no sé si iba a reñir,
porque al llegar a avisar,
sea mohína o deshonra,

dijo que un negocio de honra
había de averiguar;
en fin, se fueron los dos,
y de lo que el Conde intenta
he venido a darte cuenta.

BLANCA. Mala Pascua te de Dios,
vete.

(Hace que se va y vuelve algunas veces hasta que se entra.)

CUATRÍN. Voyme, aunque me espanto
de lo mucho que has sentido,
porque yo no he presumido
que a tu esposo quieres tanto.

BLANCA. ¿No te vas?

CUATRÍN. Estás cruel.

BLANCA. No es ése ¡ay Dios! mi cuidado.

CUATRÍN. No pienso que te he contado
como llevaba broquel.

(Hace que se va y vuelve.)

BLANCA. Cuatrín, enfadoso estás;
déjame, acaba.

CUATRÍN. Y, en fin,
digo que se irá Cuatrín;
pero dime...

(Hace que se va y vuelve.)

BLANCA. ¿No te vas?

CUATRÍN. Ireme, pues te ofendiste,
y enojos tantos previenes:

(Lo mismo.)

Así, ¿no dirás qué tienes
que estás, Señora, tan triste?

BLANCA. Vete o, vive Dios, grosero...

CUATRÍN. Digo que soy un cansado,
y que todo cuanto he hablado
fue por boca de barbero;
pues sólo quien lo es ahoga
con arenga dilatada,
en viendo un hombre que enfada,
no hay cosa como dar sogá.

Sale SILVIA.

SILVIA. Señora, el Rey ha llegado
por la puerta del jardín,
y a no estar aquí Cuatrín
presumo que hubiera entrado.
sabe que el Conde está fuera,
y dice que te ha de ver.

BLANCA. Silvia, ¿qué tengo de hacer?

SILVIA. Él entra ya, no quisiera

estar aquí; yo me voy,
porque se ha quedado abierta
del jardín la verde puerta. (Vase.)

BLANCA. ¿Dónde vas?

SILVIA. A cerrar voy.

Sale ENRIQUE.

ENRIQUE. Blanca, perdona el error,
que sabiendo que tu esposo
fue a Palermo, cuidadoso
vengo a ablandar tu rigor;
enternézcate el dolor
con que me busco en tus ojos,
y aunque en tan fieros despojos
no acredites mis ternezas,
las que eran en ti finezas
no vengan a ser enojos.

Aún no me aparto de aquí,
cuando con nueva osadía,
como en tus ojos solía,
me vuelvo a buscar en ti.
¡Ay de mi vida! ¡Ay de mí!

Pues que te llego a querer
tanto, que más puede ser
con que es fuerza que haya sido
dejar de haberte querido
que dejarte de querer.

BLANCA. Enrique, rey de Sicilia,
monarca el más poderoso,
si avariento de tus rayos
te negaste a mis sollozos,
ya que arrojado te induzcas,
te precipites furioso
a romper de aquestas puertas
bien merecidos decoros,
oye en razones sucintas
mal declarados enojos,
y débeme desengaños
pues te debo injurias sólo.

Qué de veces, si te acuerdas,
por este tabique roto,
que un artífice labró
con secreto artificioso,
nos estudiamos las almas,
tan suspensos, tan absortos,
tan iguales, tan amantes,
que en recatados coloquios
nosotros mismos tuvimos

dulces celos de nosotros.
y viéndonos tan suspensos
el apacible Favonio,
de las luces de la aurora
nos dio aviso en blandos soplos;
pero aquí anhelando muero,
aquí del llanto me ahogo;
fuiste rey, dándome amante
mano y palabra de esposo.
fui a Palermo, hallette (¡ay Dios
con qué de afectos lo lloro!)
con Rosaura desposado.
¡Oh! entonces aquese monstruo
de nieve, ese mar soberbio,
por rizos de espuma escollos
me diera infausto sepulcro
en su centro cavernoso
quise vengarme de mí,
airada al daño me expongo,
desposeme con el Conde,
y tan otra me provoco,
que por darme ese castigo,
diligencié mis oprobios.
Caseme, en fin; ¡cuánto yerra
la que por vengar su enojo
contra su gusto se casa
habiendo querido a otro!
Pues darse entonces la muerte
era una desdicha sólo;
pero casarse a disgusto
vienen a ser dos ahogos:
uno, no poder jamás
desechar el amor propio,
que es natural, el primero;
y es el otro, tener odio
por los impulsos de amante
a los afectos de esposo.
Y aunque todas estas cosas,
blandamente riguroso
contra mi amor intentaste,
tanto a quererte me arrojo,
tanto; pero ¿cómo lengua,
imaginaciones, cómo
os lleváis de los afectos?
Señor, Señor, aunque logro
honras en ser vuestra esclava,
mi esposo es noble, mis ojos

con la lengua de su llanto,
que os están hablando a golfos,
os suplican que os vengáis;
dejadme en blando reposo
de inquietudes de mi vida
solicitar desahogos.

Y si arrojado intentáis
hacer al vulgo notorios
vuestros afectos pasados,
a mi esposo hacéis forzoso
el agravio en la intención
cuando venganzas aborto
por los ojos en mi injuria,
cuando ni mi amor pregonó,
ni mis agravios allano,
ni mis impulsos revoco.

Yo misma seré el suplicio
de mi vida riguroso,
y sacando el corazón
del pecho en que yo le acojo,
tomaré venganza en él,
porque se inclinó alevoso
a quereros inconstante;
y agora esta mano, sólo
porque ha tocado a la vuestra,
siendo cobarde despojo
de la ofrenda de marido
he de abrasar poco a poco
en esta confusa llama...

(Va a quemarse la mano en la vela y mácala.)

ENRIQUE. Tente.

BLANCA. Porque de este modo...

Mas ¡cielos, la luz he muerto!

Silvia, luz.

ENRIQUE. (Ap.) Presumo que oigo

un golpe hacia aquesta parte,

(Suena dentro ruido de golpe como de persona que salta.)

y puede ser que su esposo

haya entrado; yo me aparto

por este jardín frondoso,

cuya llave traigo aquí;

porque viene a ser más logro,

ser por noble desdichado

que por ingrato dichoso.

(Vase y no lo eche de ver Blanca, y prosigue, pensando que está aquí.)

BLANCA. No puede tardar la luz;

yo prosigo con mi enojo:

En efecto, rey Enrique,
pues una vida malogro,
que fue roca a tus finezas
y a tus afectos escollo,
no permitas, no permitas
no, que el vulgo malicioso
con sombras de honor tirano
eclipse mi honor heroico.
Confieso que te he querido,
Enrique, siendo en el golfo
Sale EL CONDE por la otra puerta con espada y broquel, lleno de polvo, y vase careando
con ella.
del amor de tanto tiempo
poco cursado piloto.
déjame, Enrique atrevido,
que aunque es verdad que a mi esposo
no reportada aborrezco,
no tampoco, no tampoco
te quiero, si antes te quise.
Aunque no constante borro
de la memoria impresiones
que esculpí con líneas de oro,
pero mi esposo y mi honor
antes han de ser que todo.
Vete, Enrique, déjame;
pues a tus plantas me postro,
pidiendo...
(Arrodíllase delante de su marido.)
Sale SILVIA con luz.
SILVIA. Aquí está la luz.
BLANCA. Esposo, ¡ay cielos! si tomo...
Si yo... si... porque... si acaso...
Si Enrique... (Túrbase.)
CONDESTABLE. Blanca, ¿qué asombros
os conducen tan suspensa?
Vete Silvia. (Ap. Aquí, socorros
(Vase Silvia.)
de mi ardiente corazón;
aquí fuego misterioso;
el Rey estaba con Blanca,
o ella haciendo soliloquios
se ensayaba en su venida.
¡En qué de enigmas me engolfo!
«Déjame, Enrique atrevido,
que aunque es verdad que a mi esposo
no reportada aborrezco,
no tampoco, no tampoco

te quiero, si antes te quise.»
Al examen riguroso
me llaman estas palabras
de mi honor. Mas ¡cielos! ¿cómo
averiguaré mi ofensa?
Pero quedándonos solos
he de ser juez de mi causa;
yo propio ¡ cielos! yo propio
me he de buscar la disculpa
pues el cargo es tan notorio.
Cerrarla quiero, y salir
a mirar si en los contornos
algún criado me escucha,
que es honor tan melindroso
que después de averiguado,
aunque le sirvan de abono
apariencias ya de pluma,
evidencias ya de plomo
pensando que han de poner
en las presunciones dolo,
queda recelosa el alma
y el honor escrupuloso.)
(Cierra por fuera las puertas y vase)
BLANCA. O es ilusión lo que miro,
o es engaño lo que toco,
o es enigma lo que advierto,
fantasía lo que ignoro,
o es que ni alcanzarme puedo
ni a mí misma me conozco.
¿Mi esposo no estaba fuera?
Pues ¿cómo entró aquí mi esposo
¿El Rey no hablaba conmigo?
¡Qué es esto, cielos piadosos
pero sin duda se fue
por el jardín, receloso
o airado de mis razones;
gran daño en mis males corro,
pues mi esposo me ha cerrado;
todo es males, daños todo:
Deme ya la muerte fiera,
aunque sin culpa la gozo.
Pero ¿qué dirá Sicilia
de mi muerte? Si es forzoso
que acredite no inocencias,
que si un marido celoso
se determina arrojado,
piensa el vulgo escandaloso

que hubo delito si hay sangre
que hubo culpa si hay enojos.
pues consentir el castigo
es de mi sangre desdoro,
hacer vanas resistencias
tampoco ha de ser ahorro.
¡Ay de mí! que tan suspensa,
tan discursiva me cobro,
que ni a la muerte me allano,
ni a la vida me acomodo.
¿Qué tengo de hacer? huir;
mas si está cerrado todo,
¿cómo saldré a esotra cuadra?
Mas por el tabique roto,
pues no he tenido lugar
para cerrarle, me arrojo
en lance tan apretado
a entrarme, porque es impropio
cuando hay salida a la vida
peligrar en lo dudoso.
Y pues que salgo a otro cuarto,
busco a mi padre, que es logro
de mi honor guardar mi vida,
que en pasando aqueste enojo,
podrá haber satisfacciones
y ahora desdichas sólo.

(Ha de haber un tabique hecho de madera y dado de cal por encima, que se abra, y después a su tiempo se caiga todo, y encima dél ha de haber algunas pinturas. Abre Blanca el tabique y vase.)

Sale EL CONDESTABLE abriendo las puertas.

CONDESTABLE. Todo este cuarto he mirado
advertido y cuidadoso,

y nadie escucharnos puede.

¡Oh cuánto, cielos, me importo
para averiguar yo mismo
estos celos rigurosos!

Mas ¿cómo no está aquí Blanca?

¿Blanca? Suspenso y absorto
me tiene mi fantasía;

Blanca hermosa, miento, monstruo
de mi honor. ¡Cielos! ¿qué es esto?
por las venas y los poros
helado sudor me cubre.

¿Qué ilusión de mis enojos
es ésta? ¿Yo no he cerrado?

Pues ¿cómo ¡ay pesares! cómo
no parece Blanca? Quiero

mirar si del alboroto
dejé las puertas abiertas;
cerradas están; no topo
a mis discursos salida,
pues tener llave es impropio,
que hoy he echado llaves nuevas
a esas puertas, receloso
de una vana fantasía.
Pues pensar que ha sido asombro
o ilusión, es desmentirme
a mí mismo; pues ¿qué modo
tendré para averiguarlo?
Pero ya, ¡ay cielos! conozco
que hay culpas en Blanca, y muchas,
pues huyendo de mis ojos
las que en mí fueron sospechas,
son para su dueño abonos.
Él huyó, luego es culpada;
pero, ¿por dónde, si el Noto
por impulso de sus alas
no la ha llevado a otro polo?
(Llaman a una puerta.)
Cielos, llamaron; yo quiero
abrir, desmintiendo al rostro
las sospechas de mis males.

¿Quién es?

Sale ROBERTO.

ROBERTO. Yo, que a lo furioso
de tus voces he llegado;
¿Qué tienes, hijo?

CONDESTABLE. Estoy otro

de quien era en mi discurso,
siendo enigma de mis ojos.

Blanca...

ROBERTO. ¿Qué dices de Blanca?

De Palermo vengo, y sólo
a Blanca encontré, arrojando
por la margen de su rostro
en esta primera cuadra
dos destilados arroyos.

CONDESTABLE. ¿Blanca está allá fuera?

ROBERTO. Sí.

CONDESTABLE. No puede ser.

ROBERTO. Reconozco

Que estás otro, como dices.

¿Blanca?

Sale BLANCA.

BLANCA. (Ap.) Señor, yo me arrojo.
CONDESTABLE. (Ap.) O es ilusión cuánto miro,
o es incierto cuánto toco.
¿El Rey no estaba con ella?
¿Yo no vine cuidadoso?
¿No sacó Silvia la luz?
¿No cerré a Blanca yo propio?
Pues ¿cómo ahora está fuera?
ROBERTO. ¿Qué tenéis, Conde?
CONDESTABLE. (Ap.) Yo propio
¿no me escondí aquesta noche?
¡Mas que me ha de volver loco
esta quinta!
ROBERTO. ¿Qué tenéis?
CONDESTABLE. Tengo una pena que ignoro.
ROBERTO. ¿Quién la causa?
CONDESTABLE. No lo alcanzo
ROBERTO. ¿Cómo ha sido?
CONDESTABLE. No sé el cómo.
ROBERTO. ¿No lo sabes?
CONDESTABLE. Sí lo sé.
ROBERTO. Di el efecto.
CONDESTABLE. Aquese ignoro.
ROBERTO. ¿De dónde nace?
CONDESTABLE. De mí.
ROBERTO. ¿Quién las obra?
CONDESTABLE. Yo las obro.
ROBERTO. ¿A dónde vas?
CONDESTABLE. A morir.
ROBERTO. ¿Qué logras?
CONDESTABLE. Descansos logro. (Vase.)
ROBERTO. ¿Qué es esto, Blanca?
BLANCA. No sé.
ROBERTO. ¿Qué sientes?
BLANCA. Desdichas lloro.
ROBERTO. ¿Por qué causa?
BLANCA. Por la tuya.
ROBERTO. ¿Qué te hice yo?
BLANCA. Darne esposo.
ROBERTO. ¿Qué es el remedio?
BLANCA. La muerte.
ROBERTO. ¿No hay otro, Blanca?
BLANCA. No hay otro.
ROBERTO. Oh, ayúdeme mi prudencia.
BLANCA. Sí hará, pero puede poco.

Jornada tercera

Sale BLANCA con la daga, medio desnuda, destrenzados los cabellos, sueltas las basquiñas y una luz en la mano.

BLANCA. Ahora que piadosos
esos cielos hermosos
en su curso violento
treguas han permitido a mi tormento,
cuando apenas el alba ha esclarecido,
sin que sepa de mí ningún sentido,
vengo a tomar consejo
de mi padre por serlo, y por ser viejo,
que las demás son intenciones vanas,
que sólo habrá remedio donde hay canas.
Mi padre aquí reposa,
llamar quiero a su cuarto cuidadosa,
(Llama Blanca.)

Sale ROBERTO medio desnudo.

ROBERTO. ¿Quién a estas horas cuidadoso llama?

BLANCA. Yo soy.

ROBERTO. ¿Es Blanca?

BLANCA. Sí, que por mi fama,
más que por mi desvelo,
a tu consejo en mi desdicha apelo,
sabe, Señor...

ROBERTO. Al cielo ¡ay Dios! pluguiera
que tanto de tus males no entendiera!

BLANCA. Pues ¿ya lo sabes?

ROBERTO. He conjeturado,
que, llegando en el color adelantado,
destrenzado el cabello de ámbar puro,
el rostro hermoso sin color seguro,
sin palabra los labios,
los ojos con agravios,
desigual el acento,
torpe el discurso, vario el sentimiento,
cuando a los ojos lágrimas prefieres,
me estás diciendo aún más de lo que quieres;
mas di, ¿qué te ha movido a despertarme?

BLANCA. Atentamente puedes escucharme.

ROBERTO. Pues no ocultes ninguna de tus penas,
puesto que a mayor daño te condenas
si diciéndolas todas una encubres
si a callar una sola te acomodas,

de aquesa puede ser que nazcan todas.
Y habiendo la que has dicho remediado,
por la que guardas pierdes lo granjeado,
y pues todas contándolas mitigas,
o cuenta la mayor o no la digas.
BLANCA. Padre piadoso, cuyas plantas sigo,
si con llamarte padre no te obligo,
oblíguete mi amor; pues eres sabio,
permite tus oídos a mi labio,
y hoy que mi fama con mi muerte lucha,
o de valor o de piedad me escucha.
Ya, pues, Señor, que toda a ti me dejo,
mi honor has de curar con tu consejo,
y pues médico eres tan prudente,
no te pienso encubrir el accidente,
el rey Enrique (aquí mi agravio empieza)
antes que fuese rey (aquí tropieza
exhalado en volcanes que reviento.
Entre mi lengua intrépido mi aliento),
como vivimos (sí), como vivimos
en esta quinta, juntos nos unimos
las almas tan conformes, tan iguales
(de estas glorias proceden estos males),
que me rendí a quererle.

ROBERTO. ¿Esto consiento?

BLANCA. No hay culpa en el honor, estame atento,
que si delito hubiera,
en balde los consejos te pidiera.
digo, Señor, que Enrique me quería,
y que grata a su amor correspondía
diome mano de esposo,
con limpia fe, con pecho generoso.
Tú entonces de Palermo (¡ah cielo airado!)
la nueva le trajiste de su estado;
diome una firma, y yo, por obediente,
la dediqué a tus manos imprudente,
y era por obligarme con su mano.
Tú entonces de tu propio honor tirano,
no sabiendo su intento (¡ah suerte airado!)
Me diste muerte con mi propia espada;
pues con Rosaura hiciste el casamiento,
prestándote yo misma el instrumento.
¡Ay cielos! ¿quién dijera
que del bien la desdicha procediera?
yo revestida, pues, de mis enojos,
con la pena y dolor hasta los ojos,
sin discurso arrojada, airada y fiera

(que no tiene dolor quien considera),
no pudiendo a mi misma refrenarme,
por vengarme de mí quise casarme;
aun no teniendo miedo de la muerte,
que propio es de la contraria suerte,
cuando la vida llama al desengaño,
quitar el miedo para obrar el daño;
caseme, y no hallé el puerto que me alienta;
pero fuile a buscar en la tormenta,
llegó la noche de saber que es dueño,
y no durmiendo en ella estuve en sueño;
quise fingir amores,
pero no me dejaron mis dolores;
quise mentir afectos mal pensados,
pero no me ayudaron mis cuidados:
siente ruido mi esposo,
levántase animoso,
saliste tú al instante
ya sabes lo demás, voy adelante.
Otra vez, pues, anoche,
apenas Febo apresuraba el coche
por las celestes huellas,
imán de tanto ejército de estrellas,
cuando estando mi esposo en la campaña,
que el mar con lanzas de cristales baña,
entró Enrique en la quinta inadvertido,
el color entre amante y, ofendido;
a una criada dónde estoy pregunta,
busqueme viva y no me hallé difunta,
culpa noble mi agravio con su exceso,
apágase una luz por un suceso,
vase sin que le viera receloso,
y hallome hablando a oscuras con mi esposo,
disimula discreto, y yo, turbada,
salgo a otra cuadra, déjame cerrada,
temo perder la honra con la vida;
acuérdome que tengo una salida,
con que no podrá obrar mi esposo el Conde;
no te importa saber, cómo o por dónde,
baste que te confiese lo pasado;
entra a buscarme el ánimo alterado,
y tú entonces saliste;
ya viste lo demás, y pues que viste
su confusión, su agravio y mi cuidado,
vamos a lo que agora me ha pasado.
Entraba yo a mi cuarto recelosa,
desmintiendo temores animosa,

esta noche pasada con mi esposo,
vestido de temor lo temeroso,
la color indecisa,
haciendo el llanto de mis ojos risa,
cuando mi esposo, que su honor procura,
blando me alaga y cauto me asegura;
hallo lo que deseo,
con sus abrazos sus finezas creo
que quien sin culpa llega a examinarse
más fácilmente puede asegurarse;
dejo el adorno, desahogo el pecho,
armeme de valor, y admito el lecho,
y entre esperanzas de favor divinas,
me fue el de Holanda, tálamo de espinas.
Finge sueño mi esposo y busca el sueño;
¿pero cuando le halló tan grave empeño?
Que pena a quien el sueño ha moderado
aún no merece nombre de cuidado.
Mas él entonces con la ardiente llama,
por ver si duermo, en lenta voz me llama;
yo, por saber la causa de su herida,
finjo (qué bien fingí) que estoy dormida.
Levántase confuso, y recelaba,
mirando atrás, si acaso despertaba;
toma una luz que se dejó encendida,
(no sé cómo he durado con la vida)
prosigue con cautelas tan extrañas,
yo haciendo celosías las pestañas.
Los ojos entreabiertos y cerrados,
le dejo proseguir con sus cuidados.
Vivo el valor y las potencias muertas,
requiere las ventanas y las puertas;
ciérralas todas, y arrojado y fiero
desnuda de la vaina el limpio acero,
muéresele el color y el alma alienta,
y al honor la batalla le presenta;
viene a mí apresurado, el paso incierto,
y al arrojarse finjo que despierto.
Y entonces, del valor vivo trasunto,
la causa de su enojo te pregunto;
y asiéndole el acero le mitigo,
que el miedo hace lo más en el castigo,
y alentando el acero con el brazo,
blanda me incito, tímida me enlace.
Desasirse pretende,
y con palabras del honor me ofende,
yo a callar en la lucha me sentencio,

que no hay satisfacción como el silencio.
Él forzando el acero y yo animando,
yo resistiendo, y él apresurando
volcanes, que en el pecho helado esconde,
oye que desde el campo dicen: «¡Conde!
Detiénese», y yo extraño (¡feliz suerte!)
Él no pensado ahorro de mi muerte,
o aquella voz que exhala el aire vano;
deja la daga entonces en mi mano,
apresura el valor trocando a rayos,
y yo troqué en valores mis desmayos,
a salir le provoca su ardimiento,
y yo a junta llamé mi sentimiento.
Toma la espada y busca a quien le llama,
de su valor forzado y de su fama.
Sale, en efecto, intrépido y desnudo,
él duda quién le llama, y yo lo dudo,
y como sale al campo, y yo te veo,
suelto el freno de honor a mi deseo.
y ahora te he buscado;
el instrumento es éste, que ha dejado
en mis manos violento,
y aunque no está sangriento,
temo, si me persiguen tantos males,
que ha de verse teñido de corales,
que el que a creer su afrenta se conduce,
o tarde aguarda o nunca se reduce.
Ahora tú consulta cuidadoso,
qué debo hacer discreta con mi esposo
si mi muerte pretende,
mi amor agravia y a tu honor ofende;
pues cuando con mi sangre me difama,
él se queda con honra y tú sin fama.
Si a huir su enojo y su piedad me obligo,
es labrarme yo misma mi castigo;
darle satisfacciones no es prudencia,
recelarme es faltar a mi inocencia.
De suerte, que no hay medio con que acierte:
Daño es huir, no resistir es muerte;
él me aborrece, no hay con qué le obligue:
Aquí temo, aquí Enrique me persigue:
El Conde está celoso,
el vulgo es malicioso,
vidrio el honor, el Rey determinado,
el Conde muy honrado,
yo mujer temerosa, él impaciente,
el riesgo grande, y tú, Señor, prudente

y pues que mi desdicha te ha informado,
veamos qué me aconseja tu cuidado.

ROBERTO. Tu relación me deja tan confuso,
que ni el remedio ni la muerte excuso;
pero al consejo vamos,
y pues solos estamos,
para curar mi honor y tu accidente,
Oye.

BLANCA. Señor...

ROBERTO. ¿Te sientes inocente?

BLANCA. No tanta puridad el sol encierra.

ROBERTO. Enterrando al principio el fin se yerra;
no te hablo como padre, como amigo;
míralo bien.

BLANCA. Que estoy sin culpa digo.

ROBERTO. Pues ¿qué intentas ahora?

BLANCA. Que me ocultes
en tu cuarto, Señor; que me sepultes
donde airado mi esposo no te halle:
Que me escondas, en fin.

ROBERTO. Tu lengua calle;

no digas más, porque si aquí me dices
que no hay riesgo en tu honor, te contradices,
que es inútil la cura,
si tu propia inocencia te asegura;
y puesto que en tu honor no estás culpada,
antes busca el suplicio de su espada,
vuelve a tu esposo, porque así te abones,
haz de las ansias tuyas corazones,
que quien huye vestida de imprudencia,
hace delito lo que fue inocencia.

No es buena razón, no, que con tu huida
olvides un amor por una vida,
que aunque culpa tuvieras,
animarte debieras;

arrojada, sagaz, firme y prudente,
saca, pues, lo que debes inocente.

BLANCA. ¿Y si pierdo la vida?

ROBERTO. ¿Eso recelas?

¿Así cobardes méritos desvelas?

La que es noble, y la que es de adversa suerte,
la vida ha de temer, y no la muerte.

BLANCA. ¿Y el vulgo no dirá voraz y fiero,
que tuve alguna causa, pues que muero?

ROBERTO. ¿Y el vulgo no dirá, si eso advertiste,
que tuviste delito, pues huiste?

BLANCA. Y si yo...

y por ver si su enojo me responde,
desde el campo le digo: «¡Ah, Conde, ah, Conde!
(Ap. Bien digo, que intentando provocarle,
de la quinta salí para llamarle
con la llave que guardo.) Y enojado
la respuesta me dio, bajando airado,
el alma viva y la color difunta,
-¿Quién eres tú, que llamas? -me pregunta.
Recato el rostro, y yo le digo: -Conde,
si a quien sois vuestra sangre corresponde,
pues que sólo os obligo,
a esta ribera os retirad conmigo;
sígueme valeroso a la ribera,
que es madre de la verde primavera,
donde un cuidado y un ardid prevengo;
¿Tendréis valor -le dije- mientras vengo,
puesto que así os provoco,
para esperarme en esta selva un poco,
mientras despido aquí ciertos criados,
porque solo os declare mis cuidados?
-Nunca -me dijo entonces- me acobardo;
id, pues, a despedirlos, que aquí aguardo.
Yo, que esperar le veo,
hallando el claro puerto a mi deseo,
rodeando el monte a trechos guarnecido,
a la quinta a buscaros he venido,
por ver si doña Blanca ha peligrado;
y pues libre la he hallado,
y por mi causa al arrojarse fiero,
recató temeroso el limpio acero,
y pues me induzco, como en mí se advierte,
al cuidado del riesgo de su muerte,
y pues hallo frustrada su quimera,
vuelvo a buscar al Conde, que me espera.

ROBERTO. Idos presto, Señor.

ENRIQUE. Cuando yo entraba,

Cuatrín, criado suyo, le buscaba;
y si le encuentra, es fuerza que le diga
que entrar me vio; y así, pues que me obliga,
mi valor a mirar por vuestra fama,
y la opinión primero de una dama,
voy a poner remedio a su desvelo.

(Llaman recio a una puerta de en medio.)

ROBERTO. Viváis mil años; pero, vive el cielo,
que es el Conde, sin duda, que el criado
habiéndole encontrado le ha avisado.

CONDESTABLE. (Dentro.)

Hola Silvia, Lisardo ¿qué es aquesto?
¿cómo está aquí cerrado?

CUATRÍN. (Dentro.)

Ábranos presto.

CONDESTABLE. (Dentro.)

Abrid, Roberto.

BLANCA. ¡El alma tengo muerta!

CUATRÍN. (Dentro.)

Abran, o harase el paso de la puerta.

ROBERTO. Ya voy a abrir. (Ap. El Conde llega ciego.)

BLANCA. En tempestades de inquietud me anego.

ROBERTO. Vete, Blanca.

(Vase Blanca.)

ENRIQUE. Entre pues.

ROBERTO. No corresponde

Vuestra Alteza a mi amor, si no se esconde.

ENRIQUE. ¿Pues yo me he de esconder?

ROBERTO. Vos sois prudente,

evitad el mayor inconveniente.

Y pues que me debéis reconocido

mercedes que, decís por paga os pido,

(porque a mi fama mire)

que tu Alteza a mi cuarto se retire,

mirad que el Conde viene cuidadoso,

y aunque es discreto puede ser celoso.

ENRIQUE. No quisiera faltar a mi grandeza.

ROBERTO. por mi amor lo suplico a vuestra Alteza

ENRIQUE. pues si así a lo que debo correspondo,

por vos, por Blanca y por su honor me escondo.

(Escóndese Enrique en el cuarto de Roberto y él abre la puerta.)

Salen EL CONDE y CUATRÍN.

CUATRÍN. Digo que le he visto entrar.

CONDESTABLE. Quitarle intento la vida.

ROBERTO. ¿Dónde vas? detén el paso.

¿Qué intento te precipita?

CONDESTABLE. Un hombre vengo a buscar,

que en esa margen florida,

que siendo madre del alba

sus aljófares abriga,

dejándome asegurado

esta noche, desta quinta

me sacó; mas no te importa

saber las desdichas mías,

de la quinta me ha llevado,

y sé que a la quinta misma

se ha vuelto otra vez, y vengo...

ROBERTO. ¿Qué sueñas o qué imaginas?

¿Hombre aquí? ¿quién te ha engañado?

CONDESTABLE. Aunque a la defensa aspiras
he de entrar, viven los cielos,
a vencer mis fantasías,
que cuando puedo valiente
deshacer aqueste enigma,
es negarme a lo dudoso,
especie de cobardía.

ROBERTO. ¿Mi honor, Conde, no es el tuyo?

CONDESTABLE. Es verdad.

ROBERTO. Pues imagina
que yo mismo te ayudara
y que aquestas canas mías
fueran espadas de honor,
nobles siempre y siempre limpias;
luego si te desengaño,
ni agora tu honor peligra,
ni nadie en la quinta ha entrado
ni yo te lo encubriría,
cuando tu misma deshonra
viene a ser deshonra mía.

CONDESTABLE. Dices bien. ¿Cuatrín, qué has dicho?

CUATRÍN. Aquesas dos quadras mira,
y si dentro no estuviere,
con abanico de encina
permite que me hagas aire
de los hombros a la cinta.

CONDESTABLE. Aunque es verdad lo que dices,
oye antes que me corrijas;
o él está dentro o no está;
si está dentro ya es precisa
obligación con mi enojo
quitarle la infame vida,
y si no está, ¿qué te importa
que examine con la vista
desengaños de los ojos?
Porque si de cortesía
me voy, y te creo agora,
vivirá el alma indecisa
con aparentes engaños,
neutralmente discursiva,
dudando si ser pudieron
verdades las fantasías;
y así, esté dentro o no esté,
examinando esta quinta
se consigue mi deseo;
si le hallo aquí se acredita

con mi agravio su castigo,
si no le hallo se averiguan
los desengaños de honor;
perdonen, pues, tus porfías
que he de buscarme yo mismo
la salida a mis desdichas,
si hallándole hallo su muerte
y no hallándole mi vida.
ROBERTO. El Conde tiene razón,
en qué de aprietos peligra
un sentido corazón
y una lealtad bien nacida;
tres cuidados, tres sospechas,
en tres materias distintas
me aprietan en este caso,
(Hablen en tanto Cuatrín y el Conde.)
aquí con razón me obliga
el Conde a mirar su causa,
y tanto más, cuanto impida
su entrada, tanto más él
airado y noble se incita;
pues dejarle que al Rey vea,
siendo yo la causa misma
de que el Rey esté escondido,
viene a ser alevosía,
puesto que falto a mí Rey,
y Blanca también peligra;
con la sospecha de hallarle
si lo impide la malicia
queda de parte del Conde;
pues ¿qué remedio hallaría
para cumplir con el Rey,
con el Conde y con mi hija?
¿Qué he de hacer? ¡válgame el cielo!
Mas ya la industria imagina
un remedio para todo,
puesto que él a entrar se anima;
yo le quiero consentir,
que es forzoso, si acredita
contingencias de su honor,
que en la cuadra de mi hija
entre primero, pensando
que oculto en ella se libra
el que entró en la quinta huyendo;
yo, mientras su cuadra mira,
sacaré al Rey de mi cuarto;
él, que saber solicita

quién ha entrado, cuando salga
desta pieza hasta la mía,
no hallando al Rey en mi cuadra,
vencerá sus fantasías;
Blanca queda con honor,
el Rey fuera, yo con vida;
él contento, Blanca alegre,
y, en fin, con una acción misma
habré conseguido iguales
tres contentos y tres dichas.

Cuatrín, vete tú allá fuera.

CUATRÍN. Basta que tú me lo digas.

(Ap. Para irme afuera, y allá
detrás de aquesta cortina
he de escuchar cuánto pasa,
puesto que no cumpliría
con la ley de buen criado
quien no escucha, parla y mira.)

(Escóndese.)

ROBERTO. Conde, tú tienes razón,
ésas piezas averigua,
examina tus criados.

CONDESTABLE. Desta manera me obligas,
(Va a entrar por la puerta que entró Blanca y detiéndose.)

ésta quiero ver primero;
entro, pues. (Ap. Una malicia
se me ha ofrecido al discurso;
¿no puede ser (sí podría),
que este hombre no esté escondido
en mi cuarto, y mientras mira
mi indignación los retretes,

Roberto, que ahora aspira
a libertarle, le saque,
y mi intención vengativa
no venga a surtir efecto?

¿Pues qué remedio tendría
para saber dónde está?
si entro a su cuadra, la misma
duda del mal queda en pie,
pues que también de la mía
podrá sacarle mejor.

¿Cómo haría, cómo haría,
para mirarlas entrambas,
de modo que no me impida
la entrada desta a la otra,
ni esta a esotra me resista?
En grande empeño me hallo;

pero en la puerta se mira,
si no me engaño, la llave
puesta en la cerraja misma;
bueno, cerraré esta cuadra,
y ansí tendré prevenida,
en viendo la de Roberto,
ésta también.)

(Cierra la puerta de Blanca con llave.)

ROBERTO. (Ap.) O la vista

miente a los ojos, o cierra.

¿Si ha entendido mi malicia,

y viene a ver esta cuadra?

¿Quién se vio en mayor fatiga?

vive Dios que me ha entendido.

CONDESTABLE. Cerrada está.

(Encerrando va a entrar a la cuadra de Roberto.)

ROBERTO. No prosigas

los pasos, que ya esta causa

está de la razón mía;

hombre que esa cuadra cierra

y hombre que no se confía

de su sangre, razón es

que sus intentos te impida.

CONDESTABLE. Yo he de entrar.

ROBERTO. Mira, repara

que a mi cuidado te destinás,

y que te ha de haber pesado

de entrar dentro.

CONDESTABLE. Más me irritas,

que estudia para cobarde

quien el peligro imagina.

ROBERTO. Mira otra vez...

CONDESTABLE. ¡Vive el cielo...

Quiero entrar por fuerza y sale ENRIQUE.

ENRIQUE. Pues no entréis.

ROBERTO. ¡Hay tal desdicha!

CONDESTABLE. Señor, vuestra Majestad...

Sale CUATRÍN.

CUATRÍN. Yo tomara a espaldas vistas

doscientos de buen concierto

por soplón o por malilla.

ENRIQUE. Contaraos cuidado el verme.

sabed que tuve noticia

que a mi hermano desde ayer

tenéis oculto en la quinta,

y que viene a conjurar

lo más noble de Sicilia

por quitarme la corona,
o a requerirme que admita
a Rosaura, como manda
el Rey por su regia firma;
aquesta noche os llevé
a esa playa cristalina,
donde de las rotas naves
guarda túmulos de estillas
por venir a averiguarlo
sin que vuestro error lo impida;
volví, en fin, hallé a Roberto,
díjele mis fantasías,
allanome a aquestas cuadras,
no hallé a nadie, y ya salía;
atajáisteme los pasos
entre cuidadosas iras,
y llegastes a esta cuadra;
si Roberto os detenía,
es tan prudente Roberto
tan noble sangre te anima,
que aún no quería que vos
supiédeses mi venida,
o que tuve presunciones
que en vos quepa alevosía;
mas pues vos mismo queréis
ser de vos mismo homicida,
y cuando os buscáis los daños,
honosos os solicita,
es bien que sepáis mi intento;
mirad que si se averigua
que mi hermano ha estado oculto
por vuestra causa en la quinta,
o que de vos ayudado
contra mi corona aspira,
que habéis de saber...

CONDESTABLE. ¡Señor!

ENRIQUE. Que mi indignación castiga.

CONDESTABLE. Mire vuestra Majestad...

ENRIQUE. (Ap. Así disfrazo la herida
de mi ardiente corazón,
y pues Roberto me obliga,
noble siempre y siempre padre,
y pues que Blanca peligra
a pesar de mis pasiones
no he de volver a la quinta.)

Venid, Roberto.

CONDESTABLE. Si acaso

alguna lengua atrevida
contra mi honor, contra vos
afectos de culpa indicia,
¡Vive el cielo!

ENRIQUE. Ser leal
es la mayor valentía. (Vase.)

ROBERTO. No pudo haber otro medio
en tan confusas enigmas. (Vase.)

CONDESTABLE. ¡Hay caso más prodigioso!

¡Sospecha tan indecisa!

¡Tan neutrales apariencias!

¡Confusiones tan distintas!

Sí porque su hermano siempre

me quiere, admite y estima,

aun antes que fuiste rey,

a intentar se precipita

presunciones de mi agravio,

y de mi lealtad malicias,

camino de razón lleva.

Que haber venido a la quinta

tantas veces, es cuidado

en que sus indicios libra;

ya quiero ver a mi Blanca,

que en mi pecho se eterniza,

a pesar de viles celos,

hermosamente divina;

busco, en efeto, mi esposa;

parece o miente la vista

que aquesta rota pared

se está moviendo en sí misma;

vive el cielo que la abren

por de dentro, y que es de Silvia

aquel brazo, y es sin duda

que estaba dentro escondida

cuando yo entré hacia esta parte. (Retírase.)

Mi honor sus cuidados libra;

escuchar y ver intento

(¡oh gracias a mi desdicha!)

que la duda es evidencia,

y la apariencia noticia. (Escóndese.)

Sale SILVIA por el tabique, con un papel en la mano.

SILVIA. Desde las rejas que salen

a esa campaña florida,

donde la divina aurora

copos de perlas graniza,

vimos mi Señora y yo

que alguna gente salía;

sin duda era el Rey, y el Conde,
y Roberto, y así envía
mi Señora este papel
al Rey; con él imagina
hallar medio a sus dolores,
suspensión a sus fatigas;
y como todas las puertas
nos han cerrado, me obliga
el ver que salir no puedo
a abrir la pared rompida
para buscar a Cuatrín,
puesto que de mí confía
mi ama con sus secretos
los peligros de su vida;
Cuatrín le ha de dar al Rey,
quiero ver si le hallaría
en esta cuadra, antes que
mi Señor vuelva a la quinta. (Vase.)
CONDESTABLE. ¡Viose mayor confusión!
¿Qué encanto de mis antojos,
qué prodigio de los ojos
me suspende la razón?
Porque más confuso quedo,
la pared está rompida,
y con arte dividida,
tan nuevo, que abrirse puede.
¡Quién ha visto asombro tal!
¡Quién tan gran desdicha! ¡Quién
halla la salida al bien
por el camino del mal!
que ha llegado el desengaño,
infeliz discurso, ved,
pues me dice esta pared
los enigmas de mi engaño;
la primer noche, a mi esposa
a oscuras nombrar oí,
ella huyó anoche de aquí
de mi enojo temerosa;
el Rey con ella vivió,
el amor es natural,
de antes mucho es este mal,
aunque ahora le sé yo;
¡oh mal donde ley no cabe!
Pues el dueño es evidente,
que es quien primero lo siente
y el último que lo sabe.
Hoy mi desdicha publique

mi daño en mi vituperio,
que no se hizo sin misterio
romper aqueste tabique.
¿Adónde hay pena que iguale
tantos cuidados de un daño?
Mas pienso, si no me engaño,
que es Cuatrín éste que sale.
Sale CUATRÍN, con el papel.

CUATRÍN. Silvia ahora me ha mandado
que al Rey lleve este papel
de mi Señora, que en él
vida y honor ha librado;
paciencia el cielo me preste,
porque si a Palermo parto
no doy por mi vida un cuarto.

CONDESTABLE. Tente, ¿qué papel es éste?

CUATRÍN. ¡Ay Dios! ya llegó mi día.

CONDESTABLE. Suelta, si vivir deseas.

CUATRÍN. Aguárdate, no le leas,
porque es una obrilla mía,
en que he estado divertido,
de la ociosidad desvelo.

CONDESTABLE. Matarete, vive el cielo.

CUATRÍN. yo lo doy por recibido;
tómale, y tú lo verás.

CONDESTABLE. La oblea despegar quiero,
pues que aún no está seca infiero.

CUATRÍN. Yo me escapo.

CONDESTABLE. ¿Dónde vas?

CUATRÍN. A proveer al Consejo
de la Cámara, en razón
de un miedo una petición.

CONDESTABLE. Vive el cielo...

CUATRÍN. Ya lo dejo;

pero te advierto, Señor,
que no ha de poderío hacer,
aunque lleve mi poder
por mí mi procurador.

(Abre el papel y, sin romper la nema, desplégala.)

CONDESTABLE. (Lee.)

«Por tomar venganza de mí misma, y dar pesadumbre a vuestra Majestad, me casé; quedo encerrada, y temiendo un gran riesgo por las venidas de vuestra Majestad a esta quinta, los consejos de mi padre son muy contra mi vida, y la estimo mucho, por lo que tuvo un tiempo de no ser mía; si como dice la estima, vendrá al punto, que yo le espero cuidadosa, para conferir el modo de asegurar a mi esposo, aunque no parece posible. -Doña Blanca.»

¿Por vengarse del amor
del Rey se casó conmigo?

¡Oh papel, fiero testigo
en la causa de mi honor!
La industria he de prevenir
y el papel he de cerrar
y dejarésele llevar,
que si el Rey ha de venir
como en él mismo se advierte,
así hallará prevenida
del deshonor de una vida
la más cautelosa muerte;
(Torna a pegar la oblea.)
llevar puedes el papel,
que importa a nuestro sosiego,
y al Rey has de darle luego.

CUATRÍN. Aunque soy criado fiel,
nada a tu gusto me impida,
pues siempre tu esclavo he sido.

CONDESTABLE. No digas que te he leído,
que te quitaré la vida,
Cuatrín.

CUATRÍN. Señor, ¿qué me quieres?

CONDESTABLE. pues tanto llego a fiarte,
si vienes presto, he de darte
un vestido, el que quisieres.

CUATRÍN. Si un vestido me aseguras
hecho y derecho, me ahorro
las entretelas y aforro,
los sastres y las hechuras. (Vase.)

CONDESTABLE. ¿Y a qué tengo que esperar?

¿En qué discurro? ¿qué espero

Puesto que aquello más muero
que tardo en considerar;

a obrar, corazón, a obrar
os llama aqueste accidente,
cobarde es quien es valiente
en los casos del honor,

pues quien dilata el rigor
o los duda o los consiente;

brazo, ya arrojarte puedes,
pues porque a mi ofensa apoyen,

si a otros las paredes oyen,
a mí me hablan las paredes;

ya que osado no te excedes
debes arrojarte fiero;

pues de las causas infiero
por imposible a mi vida,

ver una pared rompida,

y hallar un honor entero;
es mi mal tan mi enemigo,
tan mi contraria
que si no la doy la muerte
no vengo a cumplir conmigo;
no sólo indicio, testigo
es un papel, declarado,
y si al Rey oculto he hallado,
¿qué más pretendo saber?
¡Ah, cuánto ha de comprender
el que ha de vivir honrado!
Pero yo ¿por qué me empleo
a la venganza que aspiro,
si aunque los indicios miro,
los delitos nunca veo?
Pero si mi honor deseo,
su muerte debo emprender,
que así no viniera a ver
quién vengara su deshonra,
que delitos de la honra
jamás se llegan a ver;
la venganza en que me fundo
no diré cómo ha de ser;
mas mi cautela ha de ver
el Rey, Sicilia y el mundo;
ea, brazo sin segundo,
ea, noble sentimiento,
que pues el fuego que aliento
al suplicio se abalanza,
ha de nacer mi venganza
de lo que fue el instrumento,
Blanca misma lo escribió,
arrojada y temerosa,
que por vengarse celosa
conmigo se desposó.
Esto ¿no lo he visto yo?
Sí; pues quiso casarse
por vengarse o injuriarse
del Rey, que mi honor molesta,
presto verá cuánto cuesta
el casarse por vengarse. (Vase.)
Sale BLANCA.
Quien vive de sólo un mal,
¡en qué de cuidados muere!
quien de muchos males vive,
¡que dello anima su muerte!
No hay bien como muchos males,

porque un mal sólo es de suerte
que por ser uno no más,
sólo a aquél el alma atiende;
pero el alma en muchos males
se consuela o se divierte.
¿Si habrá recibido el Rey
el papel? ¡Oh si viniese!
porque con una cautela
que he prevenido, ser puede
que asegure mi esposo.
¿Qué será (¡ay Dios!) que me encierre
el Conde? ¿qué habrá pasado?
Allá fuera todo tiene
misterios que yo no alcanzo;
mas aliente el alma, aliente,
ni me apesure el cuidado,
ni el fracaso me atropelle:
Quien muere antes de morir
no se ha de llamar valiente,
valeroso aquél se llama
que aún cuando muere no muere;
quien se casa por vengarse,
¡qué de veces se arrepiente!,
porque el enojo se acaba,
y el agravio vive siempre.
Sale EL CONDESTABLE.

CONDESTABLE. Mientras que Blanca, mi esposa,
ha estado en este retrete,
he abierto las puertas todas,
y dispuesto en tiempo breve
con su venganza mi dicha
y en mi cautela su muerte,
y ya el tabique he mirado.

BLANCA. (Ap. Mi esposo ¡ay cielos! es éste.)

¿Dueño y señor?

CONDESTABLE. ¿Doña Blanca?

BLANCA. (Ap. Fingir aquí me conviene.)

¿Qué tienes que tan suspenso,
y tan indeciso siempre,
ni me hablas ni me miras?

¿Pues que ni mi amor te debe
efectos de amor fingidos,
o cumplimientos corteses?

CONDESTABLE. Es tanto el fuego que guardo,
como en el alma se enciende,
que desatado en mis males,
si decirte pretendiese

sola una de tantas penas,
es su fuego de tal suerte,
que una no puedo enseñarte,
sin que las demás te enseñe,
sólo te digo, Señora,
(Ap. A fingir mi pecho empiece.)

que en tu memoria me ocupo,
que en ti el alma se suspende,
que sólo anhela por ti,
por ti vive y por ti muere.

BLANCA. Pues yo por sólo tu causa
vivo en aqueste accidente,
por ti no acierto a vivir.

(Ap. Bien digo, que si no fuese
por él pienso que viviera.)

CONDESTABLE. ¿Tanto, en efeto, me quieres?

BLANCA. Esta llama en que suspiro
de sólo tu amor procede.

CONDESTABLE. (Ap. Agora es buena ocasión.)
¡Ay, Blanca, y quién te dijese...

BLANCA. Acaba, dime tus males.

CONDESTABLE. Que el Rey, Blanca, que el Rey quiere,
no sé como no lo sienta...

BLANCA. No mueras de tantas veces,
di tus desdichas.

CONDESTABLE. Enviarme

a la guerra porque esfuerce
el ejército que junta;
porque su hermano rebelde
aspirar a su corona
soberbiamente pretende,
no sé qué remedio tomo
para que Enrique me deje
ser águila que en tus rayos
o me suspenda o me lleve,
¿qué haré yo para no ir?

BLANCA. Di que indispueto te sientes.

CONDESTABLE. No, Blanca, si hay algún medio
para que me quede, es éste.

(Ap. ¡Qué bien mi intención se traza!)

Mira, siempre las mujeres
que intercedan se permite,
por sus dueños a los reyes;
tú has de hacerme un gusto ahora.

BLANCA. ¿Qué me ordenas?

CONDESTABLE. Un billete

has de escribir de tu parte,

pidiendo al Rey que te deje
a tu marido.

BLANCA. Muy bien.

CONDESTABLE. Sobre un pequeño bufete
tengo prevenido allí
uno de mi letra, y puedes
trasladarle de la tuya,
para que Cuatrín le lleve,
que con sólo trasladarlo,
Blanca mía, es evidente
que viéndole el rey Enrique
ha de mandar que me quede,

BLANCA. pues yo voy. (Ap. ¡Oh qué ocasión
tan buena si yo quisiese
pedir al Rey lo contrario
mas es fuerza obedecerle.)
Mucho le debo a tu amor.

CONDESTABLE. Si alcanzas lo que me debes.

BLANCA. (Ap.) Aún no estoy asegurada:
No sé qué recelos siente
el corazón; mas ¿qué riesgo
en un papel haber puede?

CONDESTABLE. (Ap.) Ella a su muerte camina.

BLANCA. (Ap. El amante me convence.)
¿Estás sin enojo ya?

CONDESTABLE. Nuestras paces se conserven
con mis brazos. (Ap. Que han de ser
los últimos que te diere.)

BLANCA. Bastantemente te adoro.

CONDESTABLE. Adórote tiernamente.

BLANCA. ¿Has de volver a enojarte?

CONDESTABLE. De hoy más no hay en qué sospeche,
hoy se han de acabar mis penas.

BLANCA. Hoy se ha de trocar mi suerte.
¿Me esperas?

CONDESTABLE. Aquí te aguardo.

BLANCA. Pues yo voy a obedecerte. (Vase.)

CONDESTABLE. Todo como deseaba ha sucedido:
Ella misma a su muerte se ha inducido;
parece que me siento
con menos pena, no con más aliento;
el tabique rotpido
cuidadoso he mirado y advertido:
por la parte de en medio es de madera,
y parece pared por la de fuera,
con tan extraño arte,
que se une por aquesta y la otra parte;

para un marido hay males tan extraños,
pues hasta en las paredes hay engaños;
yo quiero ver si acaso está sentada
a escribir el papel, que si obligada
(Asómase al paño a mirar si escribe.)
de mi amor obediencias apercibe,
sobre su misma sepultura escribe.
Sale CUATRÍN.

CUATRÍN. De peña en peña, y no de rama en rama,
por mi vestido, más que por mi fama,
lo que hay de aquí a Palermo he sincopado,
que esto es hablar de culto o de menguado.
¿Dónde mi amo estará, que no parece?

Asombro cuanto miro me parece;
sin duda a algún intento está cerrado.
¡Miserable el que llega a ser casado!

CONDESTABLE. ¡Oh si ya el Rey viniera,
porque el castigo en mi deshonra viera!
¡Oh si Cuatrín hubiera ya venido!

CUATRÍN. Cuatrín está ya aquí por su vestido.

CONDESTABLE. Según eso, Cuatrín, ¿no has olvidado
dar el papel al Rey, que te he mandado?

¿Previene el Rey venir? dilo.

CUATRÍN.

Previene.

CONDESTABLE. ¿Viene la Reina?

CUATRÍN. No.

CONDESTABLE.

¿Y Enrique?

CUATRÍN.

Viene,

y sin duda han llegado,
que en el zaguán Roberto se ha apeado,
y voy a fuera a prevenir la entrada,
pues la puerta del cuarto está cerrada;
y pues que te he servido,
yo volveré después por mi vestido.
(Vase.)

CONDESTABLE. Ahora, pues, osado pensamiento,
ahora, pues, impulsos de mi aliento,
llegue la ejecución a la esperanza,
exceda a mi cautela mi venganza;
si hubiere alguno de alma tal piadosa
que culpare la muerte de mi esposa,
mire él allá consigo
si estos indicios bastan al castigo,
que si con atención los reparare
raro ha de ser aquél que me culpare
que estos delitos el que honor repara,
nunca llegan a verse cara a cara;

y así, al que me culpa habré advertido,
no que es piadoso, sino que es sufrido;
¿Blanca no está escribiendo
junto a questa pared? ¿Yo no pretendo,
teniéndola en el aire prevenida,
que por feudo al honor pague una vida?
¿Yo la causa no he sido
de que el Rey a la quinta haya venido,
para ver mi venganza y mi cautela?
¿Qué me detiene, pues, qué me desvela?
¿Esta pared no derribó mi honra?
¿No fue instrumento vil de mi deshonra?
Pues porque sirva al mundo de escarmiento
sea el castigo de que fue instrumento,
porque desta manera
viva mi fama y mi deshonra muera.

(Derriba el tabique entero a la parte de adentro con cuadros de pintura.)

BLANCA. (Dentro.)

¡El cielo me salga! ¡jesposo!

¿Hola, Cuatrín, Silvia, padre?

CONDESTABLE. (Ap. Morirás, viven los cielos,

si no bajan a ayudarte

piadosamente divinos

espíritus celestiales;

esto presumo que basta;

fingir aquí es importante.)

¿Hola, criados, Roberto,

criados? ¡Ah, miserable

esposa! ¡Triste de mí!

Sale ROBERTO.

ROBERTO. Hijo, ¿qué es esto?

CONDESTABLE.

No caben

en el pecho mis fatigas,

ni en mis palabras mis males.

¡Ay de mí!

Sale ENRIQUE y todos.

ENRIQUE.

Conde, ¿qué es esto?

CONDESTABLE. Ilustre Rey, así ganes

del valor que te engrandece,

voz a la fama constante,

que te merezca atenciones,

que te merezca piedades,

que oigas, en efecto, pido

el suceso más notable

que alumbra el cuarto planeta

desde el solio de diamante.

Mi esposa en esotra cuadra,

(¡qué de penas me combaten!)
Estando escribiendo (¡ay cielos!)
un papel para su padre,
sin saber de qué manera,
o por antigua o por frágil,
se cayó aquesta pared
sobre su rostro, tan grave
que al paso que la ha oprimido
se ha traducido cadáver;
yo no sé desta pared
algún secreto, algún arte
tenla que yo dudaba;
llegad todos a ayudarme,
alcemos esta pared,
(Alzan la pared; vese debajo Blanca, muerta, y el recado de escribir caído allí junto.)
no vuestra piedad me falte.
¡Ay Blanca mía, ay mi prenda!
¿Tú el rostro bañado en sangre?
¿Cenizas tus azucenas,
y jazmines tus granates?
Pero aunque lirio traduces
esos divinos cristales,
cuanto mueres a mis ojos
tanto en el alma renaces.
Cubrid aqueso portento,
(Cúbrenla.)
ese asombro, aqueso ultraje
de mi vida, de mi amor,
porque siquiera descansa
la vista, puesto que más
forzada el alma te agrave;
y vos tened compasión
señor, de mi amor, pues antes
vino a ser gozar su muerte,
que sus luceros gozase.
ENRIQUE. (Ap. ¡La pared que fue instrumento
ser castigo miserable!
Enviarme Blanca a llamar,
¿qué más forzosos señales
de que el Conde la haya muerto?
Y aunque es razón castigarle
es fuerza disimular
por su honor y por su padre
y supuesto que por Blanca
tan poco en vida mirase,
en la muerte ha de ser cuerdo
el que fue en la vida amante,

que el tiempo dará ocasión
de vengarla y de vengarme.
¡Qué bien temía este suceso!)
Conde, las ansias mortales
reprimid. (Ap. ¡Oh lo qué cuesta
el casarse por vengarse!)
CONDESTABLE. Así vivirá mi fama.
ROBERTO. ¡Qué bien recelé estos males!
CUATRÍN. Y así tendrá fin dichoso
el Casarse por vengarse;
quien tuviere sobre un verso
dos vítores que prestarle,
se los pagará el poeta
cuando otra comedia traco.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo